
CIENCIA FICCIÓN
ROBINSONES DEL CEREBRO
clark carrados

CLARK CARRADOS

Robinsones del cerebro

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. 18.760 - 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 -
Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El enorme gravimóvil que se detuvo a la puerta del laboratorio del doctor Robles era negro, con detalles de oro puro en la carrocería, tales como las manijas de las portezuelas, los adornos de la proa y la popa y hasta la inútil parrilla del morro. Cortinillas de seda auténtica permitían ocultar su interior, si así lo deseaban sus ocupantes, aunque, en aquellos momentos estaban descorridas.

—Aquí es, señor Duttweiler —dijo el conductor.

Jackson R. Duttweiler se ladeó un poco y miró el edificio a través de la ventanilla.

—Miserable —calificó el conjunto.

—Es un hombre no muy rico, señor —dijo uno de los acompañantes de Duttweiler.

—Lo sé, pero cuando ordenó la construcción de este edificio, tenía dinero. En fin, no hemos venido aquí por una cuestión de buen gusto arquitectónico. Abre, Max.

El conductor saltó al suelo y se precipitó a abrir la portezuela, descubriéndose con exagerada cortesía. Duttweiler se apeó, seguido de dos individuos altos, delgados y esqueléticos, imágenes ambulantes de sendas parcas, con ropajes de finales del siglo XXI.

Flanqueado por sus dos acólitos, Duttweiler avanzó hacia el edificio, a través de un jardín no demasiado bien cuidado. El conductor quedó en pie, junto al gravimóvil.

Duttweiler era un hombre de regular estatura, grueso y de rostro sanguíneo. Su indumentaria respiraba lujo.

Llegados ante la puerta, uno de los dos esqueletos andantes, se

adelantó y presionó el timbre. No tardaron en abrir.

Tratábase de una joven de rostro agraciado y bonita figura, que miró a los recién llegados con gesto inquisitivo.

—Ustedes dirán —murmuró cortésmente.

Duttweiler agitó una mano.

—Rick, habla.

—Señorita, tengo el gusto de presentarle al señor Jackson R. Duttweiler —dijo uno de los dos sujetos—. El señor Duttweiler —añadió—, desea entrevistarse con el doctor Robles.

La joven miró asombrada al trío. Sin embargo, procuró mostrarse comedida y dijo:

—Encantada, señor Duttweiler. Soy Delia Grundig, secretaria y ayudante personal del doctor. No garantizo que pueda recibirles, pero le expresaré sus deseos. Pasen, tengan la bondad.

Delia se echó a un lado y Duttweiler cruzó el umbral solo. Los otros dos quedaron en la puerta.

—Siéntese, por favor —invitó la muchacha.

Duttweiler hizo una mueca de asco.

—Señorita, ¿tanto trabajo tienen ustedes que no les queda tiempo siquiera para limpiar el polvo de los muebles?

Delia le miró con viva sorpresa. ¡Quejarse de suciedad! ¡Si le oyera la buena señora Rawson, encargada de la limpieza!

—Sí, tenemos mucho trabajo, en efecto —contestó, forzando una sonrisa. Sacó un pañuelo del bolsillo de su blanca bata de laboratorio y lo pasó por un sillón—. Ya está limpio e incontaminado —añadió, sin poder dominar su sarcasmo.

Luego giró sobre sus talones y se alejó en busca del doctor.

Robles llegó minutos después. Duttweiler se dio cuenta de que caminaba un tanto trabajosamente, como si tuviese endurecidas las articulaciones de las rodillas.

—¿Señor Duttweiler? —saludó, parándose a pocos pasos de su visitante.

—En efecto. Supongo que usted es el doctor…

—Sí, el mismo. Pero siéntese, tenga la bondad. ¿En qué puedo servirle?

Duttweiler miró penetrantemente a Robles.

—He leído la prensa en los últimos tiempos. Los periódicos han hablado mucho de usted.

—Es cierto, en efecto —admitió el científico con ligera sonrisa —. Tienen motivos para ello, o tenían, mejor dicho.

—Sí, las cosas se han calmado un tanto. ¿Ha aprobado el Congreso los créditos necesarios para que usted pueda continuar su labor investigadora?

Robles meneó la cabeza tristemente.

—Tengo un amigo senador, quien me ha dicho que la moción será derrotada aplastantemente cuando se presente en la Alta Cámara —contestó.

—Deplorable, muy deplorable —dijo el visitante.

—Así opino yo, pero… —Robles se encogió de hombros—, ¿qué puedo hacer ante unos senadores cerrados de mollera?

—Lo que significa que no tienen el espíritu abierto a los nuevos descubrimientos.

—Más o menos, señor Duttweiler —concordó Robles—, pero ¿qué tiene esto que ver con el objeto de su visita?

—Mucho, más de lo que usted mismo se cree, doctor Robles. En su opinión, ¿cuánto dinero necesitaría para desarrollar libremente su invento… a escala industrial, pongamos por caso?

Robles se quedó de una pieza.

—¿Viene, acaso, a anunciarme que me va a conceder una subvención? —exclamó.

—En cierto modo, así es —respondió Duttweiler—, aunque el nombre de subvención no es el correcto. Pero, dejémonos de matices, doctor. Repito, ¿Cuánto dinero?

—Un momento, por favor —rogó el científico—. En primer lugar, ¿a quién representa usted?

—A mí mismo —contestó Duttweiler orgullosamente—. ¿No ha oído nunca mi nombre?

Robles meditó unos instantes.

—Sí, creo que sí. Duttweiler, minas, aerolíneas, barcos… y astronaves. ¿Me equivoco?

—Salvo en el número de empresas, porque omite muchas más de las que ha citado, pero eso no tiene importancia. Doctor, usted es un benefactor de la humanidad y yo quiero ayudarle.

—Se lo agradezco mucho —contestó Robles.

—Hasta ahora, como en general, todos los millonarios, sólo me he ocupado de amontonar dinero —continuó el visitante—. Es hora

ya, sin embargo, de que haga algo en bien de mis semejantes. Pienso fundar una Universidad, la cual, naturalmente, llevará mi apellido, dedicada a la enseñanza en todas las ramas del saber y cuyos alumnos estudiarán totalmente gratis. Es lógico que quiera para esa Universidad los mejores cerebros del mundo. El suyo es uno de ellos, doctor.

Robles inclinó la cabeza, como agradeciendo la gentileza.

—Un empeño muy loable, señor Duttweiler —dijo.

—Bien, puesto que conoce mis intenciones, creo que no se opondrá a que le ayude financieramente, con una sola condición.

—Usted dirá.

—Recibirá el dinero para continuar sus experimentos, sin apremios de ninguna clase. La única condición que le impongo es que me comunique a mí, antes que a nadie, el éxito de su empresa. No es una condición muy dura, creo yo.

Robles sonrió.

—Fácil de cumplir, señor Duttweiler —dijo,

—Podría imponerle otra condición… pero creo que usted mismo lo hará sin necesidad de más indicaciones. —Duttweiler miró en torno suyo, haciendo una mueca de disgusto—. Esta casa es vieja, anticuada…

—Los créditos solicitados al Congreso incluían la edificación de un nuevo laboratorio, mucho más grande y capaz —manifestó el científico.

—Me lo figuro. Bien, doctor, volvamos al mismo punto. ¿Cuánto?

Robles meditó un instante.

—Diez millones de solares, ni una centésima menos —contestó.

—Diez millones…, el solar tiene cuatro dólares y medio… o sea tres libras esterlinas… —Duttweiler hizo un gesto de desagrado—. Esta moneda nueva acabará por volverme loco —gruñó.

—Pero simplificará los intercambios mundiales —sonrió Robles.

—Eso es verdad —convino el visitante—. Bien, diez millones de solares o cuarenta y cinco de dólares. Un momento, por favor.

—Duttweiler sacó un talonario de cheques y garrapateó en él unas líneas. Firmó, arrancó la hoja y se la entregó a Robles.

—Sus diez millones de solares, doctor —dijo—. Y ahora, ¿podría presenciar algún experimento de su maravilloso invento?

Robles no se había recobrado aún de la sorpresa que le había producido la visita de aquel Midas. Contempló el cheque con ojos atónitos y, al cabo de unos segundos, miró al opulento financiero.

—Un… experimento —balbució—. Oh, sí, claro, por favor —accedió—. Ya sabe usted que, por ahora, sólo he experimentado con animales de tamaño inferior, ratones, conejillos y demás.

—Pronto lo hará con seres humanos, doctor, estoy seguro de ello —afirmó Duttweiler con grave acento.

Media hora después, Duttweiler abandonaba el laboratorio. Al quedarse a solas con su linda ayudante, Robles, agitando el cheque con la mano, dio unas zapatetas de alegría por la estancia.

—¡Viva! ¡Hurra! ¡Todos nuestros problemas resueltos, muchacha! ¡Podremos trabajar cómo, dónde y cuándo nos convenga, sin dar cuenta a nadie de nuestras acciones! ¡Dentro de un año, demostraré a ese Congreso de mulos que no valen ni la alfalfa que comerían si fuesen mulos auténticos!

Su alegría era exultante. De pronto, vio que Delia le contemplaba con expresión muy seria, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué te ocurre, muchacha? —preguntó, extrañado—. ¿Acaso te disgusta la visita de Duttweiler?

Delia hizo un movimiento de cabeza, que sacudió sus brillantes cabellos oscuros.

—¿Qué quiere que le diga, profesor? —contestó—. Acaso me equivoque, tal vez sea tan sólo un presentimiento sin fundamento alguno, pero…

—Pero, ¿qué? Habla, no te andes con circunloquios, Delia.

—Duttweiler no me gusta, no me gusta y no me gusta —declaró ella rotundamente—. ¿Sabe lo que me pareció, doctor?

—Bueno, un filántropo…

—Un buitre, con la panza llena, pero insaciable, preparando su próximo banquete; eso es lo que me pareció Duttweiler.

—¡Ca…ramba, muchacha, qué tajante eres en tus afirmaciones! Pero ya entiendo, eres mujer y es preciso comprender que sientes hacia él una antipatía instintiva, aunque sin base sólida, por supuesto.

—Sí, eso debe de ser —contestó ella. Y en aquel momento, sonó el timbre de la puerta—. Vaya, otro periodista —dijo, en tono de

queja—. En los últimos tiempos, no nos dejan ni a sol ni a sombra.

—Si esto sigue así, tendré que encargarme un robot con mi figura, para que él atienda a esos moscones, mientras yo trabajo sin interrupciones molestas —refunfuñó el científico.

* * *

Mientras, el gravimóvil se deslizaba suavemente a treinta metros del suelo, en su viaje de regreso. Uno de los esqueletos andantes preguntó:

—¿Todo bien, jefe?

—No pudo ir mejor, Rick —contestó Duttweiler—. Robles ya es mío.

—Pero… ¿es cierto que reduce los seres vivientes de tamaño? —inquirió el otro.

—A tamaño microscópico —puntualizó el financiero—. Yo mismo vi cómo reducía de tamaño a un conejo, hasta que lo perdí de vista. Sólo volví a verlo, cuando el doctor puso un microscopio en funcionamiento… ¡a tres mil aumentos!

—¡Rayos! —exclamó uno de los individuos, atónitos.

—Pero eso es sólo con animales —dijo el otro.

Duttweiler se repantigó en su asiento.

—Dentro de dieciocho meses justamente, el doctor Robles habrá conseguido «microscopizar» a los seres humanos. Y también algo más.

—¿Qué, jefe?

—Habrá construido un aparato portátil que podrá reducir de tamaño a todo cuanto rodea a una o varias personas, con su espacio circundante, en un radio de cuatro o cinco metros. Es precisamente lo que estaba deseando —concluyó.

—Dieciocho meses —dijo pensativamente el llamado Rick—. ¿Podrá esperar tanto?

Duttweiler asintió.

—Me queda lo justo para aguantar hasta entonces —dijo—. Muchas veces se habla de apostar todo a una sola carta. Pues bien, yo he apostado mis diez últimos millones a la carta de Robles… ¡y pienso acertar un pleno! —aseguró rotundamente.

CAPÍTULO II

Dieciocho meses más tarde, día por día, Jackson R. Duttweiler acudió al nuevo laboratorio del doctor Robles.

Anochecía. Max, el conductor detuvo el gravimóvil frente a la entrada del laboratorio.

Desde la ventanilla, Duttweiler contempló el edificio. Hizo un gesto de desagrado.

—Está visto que algunas personas no tienen remedio —masculló —. El arquitecto que levantó la casa carecía de gusto, lo mismo que quien le ordenó la construcción.

—A Robles sólo le interesaba su laboratorio —dijo Rock.

—Sí, eso es cierto —admitió Duttweiler—, Rick, ¿traes el petardo?

—Desde luego, jefe —contestó el aludido—. ¿Lo quiere ya?

—Claro. Cuando salga del laboratorio, no quedará piedra sobre piedra. Abre, Max.

Rock entregó a Duttweiler una cartera de mano de cuero negro. El financiero se apeó del vehículo y recorrió los escasos metros que le separaban de la entrada.

Momentos después, se abría la puerta. El propio Robles apareció ante los ojos de Duttweiler.

—Como ve, soy puntual —sonrió Duttweiler—. Hoy se cumplen precisamente los dieciocho meses del plazo que usted me marcó. —Alargó su mano—. ¿Qué tal, doctor?

—Encantado, señor Duttweiler —respondió el científico—. Pase, pase; dentro de unos minutos verá cómo no ha esperado en vano y su dinero ha sido aprovechado íntegramente. Por aquí, hágame el

favor.

—Muy amable, doctor.

Los dos hombres cruzaron un vestíbulo amueblado con sencillez y, tras atravesar otra puerta, penetraron en una gran estancia de forma circular y con el techo en forma de cúpula.

El suelo espejeaba. Durante un largo minuto, Duttweiler contempló absorto el panorama que se ofrecía a sus ojos.

—¡Fantástico! —exclamó al cabo—. Esto supera a cuanto yo pudiera haberme imaginado.

—Costó un poco de trabajo, pero valió la pena —sonrió Robles modestamente—. ¿Quiere presenciar un experimento?

—¿Conmigo mismo? —preguntó el visitante.

—Oh, podemos hacerlo juntos —dijo Robles—. Es decir, si no tiene miedo de verse reducido al tamaño de una bacteria.

Duttweiler soltó una risita.

—¡Será gracioso contemplar las cosas a… vista de glóbulo rojo! —exclamó—. Por cierto, ¿no tenía usted una linda ayudante, que colaboraba con usted en sus trabajos?

—Es cierto, pero ahora está en otra habitación, sacando en limpio unos apuntes. Podemos pasarnos sin ella, señor Duttweiler. Y, a propósito, apenas leo los periódicos, pero no he visto aún ninguna noticia de su nueva Universidad.

—Oh, creo que esta semana o la que viene tendré listos los terrenos —contestó Duttweiler en tono intrascendente—. Amigo mío, los negocios ocupan mi tiempo más de lo que yo quisiera.

—Sí, es lógico —admitió Robles—. Venga, por aquí. Sin miedo, repito, señor Duttweiler.

Los dos hombres se sentaron en sendos sillones. Duttweiler contempló especulativamente el cuadro de mandos del aparato.

—¿Es difícil su manejo? —preguntó.

—¿Difícil? —rió el científico, apretando el primer botón—. ¡Un niño de pocos años podría manejarlo después de la primera lección!

Un cuarto de hora después, Duttweiler se levantó con aire trastornado.

—¡Increíble! —dijo—. De no haberlo experimentado en mí mismo, no creería nada de lo que he visto.

—Pero no se puede negar que es una absoluta realidad.

—No, desde luego, una magnífica realidad. Bien, doctor, voy a

darle ahora el complemento de mi recompensa por su colaboración.

Duttweiler abrió la cartera de mano y sacó un revólver, con el que disparó cuatro veces al cuerpo de Robles. El científico se desplomó, sin emitir otro sonido que un leve gemido de sorpresa.

Una puerta se entreabrió en un lado del laboratorio, pero volvió a cerrarse en el acto. Duttweiler puso la cartera en el suelo, junto al científico muerto, metió la mano dentro y dio media vuelta a una llave.

Acto seguido se sentó en el mismo sillón del que se había levantado unos minutos antes. Levantó la mano izquierda y presionó la ruedecilla de su reloj de pulsera.

—¿Max? —llamó.

—Sí, jefe —contestó el conductor desde la calle.

—Pueden marcharse. Espérenme en casa.

—Bien, jefe.

Ciento veinte segundos después, no quedaba en el laboratorio el menor rastro de Duttweiler ni de la prodigiosa máquina que había inventado el doctor Robles.

Frente al laboratorio, a prudente distancia y convenientemente oculto, un sujeto miraba a través de un potente anteojo. Le extrañó que el gravimóvil se marchase con tres individuos, en lugar de cuatro, como había sucedido a la llegada.

Diez minutos después, el sujeto divisó un enorme chorro de llamas, seguido de una apocalíptica explosión. Los muros del laboratorio se derrumbaron y se inició un incendio cuyas llamas alcanzaron tal temperatura, que todo cuanto había compuesto la estructura del laboratorio quedó fundido, como si hubiese brotado del cráter de un volcán.

* * *

Los restos del siniestro humeaban ligeramente a la mañana siguiente cuando Armin Rogers detuvo su gravimóvil en las inmediaciones del lugar de la catástrofe.

Perplejo, se acercó al lugar donde aún quedaba un pequeño retén de bomberos. Varios individuos, seguramente expertos de la policía, trataban de hurgar entre aquella masa que todavía despedía una gran cantidad de calor.

Había periodistas y curiosos. Rogers oyó algunos comentarios.

—¡Sabios chiflados! —dijo uno.

—Tenía que acabar así —añadió otro.

—Debía de ser un sabio de chiste —comentó un tercero—. ¡Menudo «petardo» había inventado!

—No han quedado cristales sanos en un kilómetro a la redonda —dijo otro.

Rogers estaba atónito. Al primero a quien se acercó, le preguntó:

—Oiga, ¿es esto todo lo que queda del laboratorio del doctor Robles?

—En efecto, así es —respondió el individuo—. No se ha salvado nadie.

—¡Mi madre! —exclamó Rogers, sin poder contenerse.

—No habrá venido usted a cobrar alguna factura, ¿verdad? —dijo el hombre sarcásticamente—. Si era así, despídase de su dinero, hermano.

—Pues no le anda muy lejos de acertar —declaró Rogers—, aunque, a decir verdad, el dinero no era mío. Yo sólo venía a…

Se calló. ¿Qué le importaban a aquel individuo sus motivos?

Un periodista interrogaba poco más allá a un oficial de policía. Rogers concibió una idea.

Se acercó a la pareja y oyó al policía:

—Sí, la señorita Grundig se salvó milagrosamente, aunque recibió algunas contusiones al caer, empujada por la onda explosiva. Había salido a pasear un poco al jardín posterior y…

Armin Rogers recordaba a Delia Grundig. La joven le había hecho la primera visita tiempo atrás, en nombre del profesor Robles, pero ya no se habían vuelto a ver. El encargo había seguido su curso normal y Robles, a su debido tiempo, había abonado puntualmente su importe.

—Ahora está en el hospital, reponiéndose más que de las lesiones, del susto —añadió el policía—. Creo que mañana o pasado le darán de alta.

Rogers tomó nota de lo que acababa de escuchar. Tenía más que suficiente.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia su gravimóvil. Al día siguiente, calculó, iría al hospital. Tenía que hablar con Delia, a fin de emitir un informe de lo ocurrido, en la parte que a su compañía

importaba.

* * *

Duttweiler, junto con sus tres acólitos, contemplaba extasiado el aparato que había sacado del laboratorio antes de que se produjese la explosión.

Estaban en un vasto salón de la lujosa residencia del financiero, situado en uno de los sótanos y al cual sólo ellos cuatro tenían acceso. Rick, Rock y Max eran los esbirros que le ayudaban en la parte menos honesta de sus negocios.

Por supuesto, Duttweiler tenía empleados serios y decentes, que se encargaban de regir las empresas que ejercían sus actividades a la luz pública. Pero había otra clase de asuntos que no requerían publicidad alguna.

El trío de rufianes se encargaba de llevar a cabo los «encargos». Lo hacían silenciosa y diestramente, sin que nadie se enterase hasta que era ya demasiado tarde y, desde luego, sin dejar el menor rastro de sus delictuosas actividades.

En ocasiones, el propio Duttweiler no desdeñaba tomar parte en tales asuntos. La explosión que había destruido el laboratorio de Robles era buena prueba de ello.

—Y dice que eso… puede reducirse hasta adquirir un tamaño microscópico —exclamó Rick, atónito.

—Yo mismo he podido comprobarlo —contestó el financiero—. Según la escala graduada, alcancé el tamaño de un glóbulo rojo. Habría podido moverme en la corriente sanguínea sin la menor dificultad.

—Y luego vuelve a su tamaño normal —dijo Rock.

—Cuando el piloto lo desea, por supuesto.

—¿Sólo dos plazas? —preguntó el conductor, interesadamente.

—¿Para qué más? —rió Duttweiler—. Con dos personas hay suficiente para atiborrar su interior de billetes… que es lo que haremos a la primera ocasión que se nos presente.

Hizo un gesto con la cabeza.

—Hay que ser previsor —murmuró—. Mis negocios iban de capa caída hace tiempo y ya no había forma humana de detener la bola que rodaba cuesta abajo. Bien, suspenderé mis actividades

financieras, pero no por ello quedaré convertido en un pobretón.

Miró a sus esbirros y sonrió.

—Claro está —añadió—, que vosotros tendréis también parte importante en el botín. No os quejaréis de…

Max, el conductor, entró en aquel momento con un diario en la mano.

—¡Jefe, lea esto! —dijo.

Parecía muy excitado. Duttweiler frunció el ceño.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—La chica escapó. Está en el hospital, reponiéndose…

Un rugido de fiera se escapó de la garganta de Duttweiler.

—¡Maldición! ¿Cómo pudo ser eso? —dijo—. Estaba escribiendo en un cuarto contiguo; tenía que haber quedado sepultada bajo las ruinas…

—El periódico dice que había salido a dar un paseo por el jardín posterior y que ello le salvó la vida —declaró Max.

Duttweiler le arrebató el periódico de un manotazo.

—Dame eso —gruñó.

Sus ojos recorrieron rápidamente las noticias sobre el siniestro. Luego, con mano crispada, hizo una pelota con el periódico y lo arrojó a un rincón.

—Esa estúpida… —masculló.

Rick dijo:

—Hay que hacer algo, jefe.

—Convendría taparle la boca —añadió Rock.

Duttweiler levantó la mano, como para imponer silencio. Reflexionó un poco y al cabo, dijo:

—Ella no ha mencionado para nada mi presencia en el laboratorio poco antes de que se produjera la explosión. Cabe que no se enterase de que yo estaba allí… pero también puede ocurrir que lo sepa y aguarde a estar curada para someterme a un chantaje. Ella no sabe que estoy arruinado, por lo que se imagina que aún tengo dinero.

—Lo tendrá dentro de poco, jefe —dijo Max.

—Sí, pero lo que menos me convendría en estos momentos es un chantaje. No, en absoluto —decidió con voz firme—; tanto si sabe algo, como si no, es preciso que desaparezca.

—¿Cuándo, patrón? —preguntó Rick.

—Después de que salga del hospital, irá a su casa… a alguna casa, claro, porque creo que vivía en el laboratorio. Hay que vigilarla bien y, en cuando se presente la ocasión, acabar con ella. Rick, Rock, ése es vuestro trabajo a partir de ahora.

—Descuide, jefe.

—Se hará, señor Duttweiler —contestaron sucesivamente los dos fúnebres individuos.

CAPÍTULO III

El espía contempló melancólicamente, con el ojo sano, el destrozado telescopio que yacía en un rincón de la estancia.

Con la mano derecha, sostenía un paño fresco, que aplicaba al ojo del mismo lado. El telescopio había retrocedido por la explosión y le había hecho ver, sin metáfora, las estrellas.

—Por fortuna —rezongó—, tenía un aro protector de goma; de lo contrario, habría perdido el ojo. ¡Qué bestias, vaya petardo!

Estaba sentado en la habitación, frente a un escritorio de innocua apariencia. A su izquierda había una lámpara de mesa.

La lámpara centelleó de pronto. El espía apretó un botón. Una voz surgió de un altoparlante hábilmente disimulado en la base de la lámpara.

—Atención, S-2… Atención, S-2. ¿Me oye? Conteste, S-2. Habla el Centro.

—Aquí, S-2. Le oigo bien, Centro.

—¿Listo para informar?

—Listo, Centro.

—Adelante, pues, Centro.

—El laboratorio de Robles fue destruido por una explosión de enormes efectos —dijo S-2—. Sin duda, el explosivo llevaba una sustancia termógena de incalculable potencia, porque los escombros, y todo cuanto había en el interior, quedaron fundidos como lava.

Sonó una exclamación de sorpresa.

—¿No estará exagerando, S-2?

—En absoluto, Centro. Por la otra vía remitiré fotografías del

lugar del siniestro. Pese a que yo también recibí un buen golpe, más tarde pude impresionar unas cuantas placas.

—Está bien. Siga, S-2.

—Poco antes de la explosión, llegó Duttweiler, acompañado de sus tres acólitos. Éstos se marcharon a poco. Duttweiler se quedó en el laboratorio.

—Habrá muerto, supongo.

—No, y eso es lo que más me extraña. Los periódicos dirían algo al respecto. Además, he llamado a su casa y el mayordomo me informó que estaba perfectamente. Fingí ser un periodista, claro.

—No debió hacerlo, S-2 —le reprochó el Centro—. Duttweiler puede recelar.

—En absoluto. Centro. Le llamé pidiendo hora para una supuesta entrevista, acerca de una pretendida línea astronáutica. El mayordomo, en nombre de Duttweiler, me dijo que era un infundio.

—Bien, ¿qué más? ¿Eso es todo, S-2?

—No, señor. Creo que Duttweiler se llevó uno de los reductores dimensionales del doctor Robles.

—¿Cómo? ¿Está seguro?

—Creo que sí. Verá, Centro, tengo razonables motivos para pensar de esa manera.

—Explíquese, S-2.

—El gravimóvil de Duttweiler se marchó sin éste. Luego se produjo la explosión. Si Duttweiler está vivo, ello sólo significa una cosa. Mató a Robles, puso la bomba, se metió en el reductor y, convertido en un microbio, escapó. Luego, en lugar seguro, recobraría su tamaño normal y…

—Una hipótesis perfectamente admisible, S-2. Pero ¿para qué querría Duttweiler ese aparato? Al menos, empleando tales procedimientos.

S-2 soltó una risita.

—Centro, hace tiempo que investigo a Duttweiler, desde que supe que financiaba los experimentos de Robles. Sencillamente, está arruinado.

Alguien silbó a miles de kilómetros de distancia.

—Ésa podría ser una explicación de su acto —dijo el Centro—. Con el reductor, cualquiera podría meterse en un banco, saquearlo y…

—Exactamente así pienso yo, Centro. Duttweiler va a vaciar los bancos, para su provecho propio, naturalmente.

—Nosotros necesitamos el aparato para algo más positivo, S-2. Tome nota de esta orden.

—Sí, señor.

—Elimine a Duttweiler y apodérese del reductor.

—Entendido. ¿Nada más?

—Eso es todo. Ah, S-2, ha hecho una buena labor, cuando vuelva, será recompensado debidamente.

—Mi recompensa será la satisfacción del deber cumplido, Centro —contestó el espía untuosamente.

La comunicación se cortó. S-2 dispuso todo para que la lámpara cumpliese sus funciones normales y, con un suspiro de alivio, se dirigió al cuarto de baño.

Empezó a pensar en el procedimiento más adecuado para llevar a cabo sus proyectos. Mientras lo hacía, se miró el ojo hinchado en el espejo.

—Aún tardará algunos días en recobrar su aspecto habitual —se dijo melancólicamente.

Cuando lo hiciese, se vería que tenía cierta oblicuidad, como el sano.

* * *

Mientras subía en el ascensor, Armin Rogers leyó los titulares de los periódicos.

—En la Edad Media, eran felices —masculló—. Sólo los afectados por un conflicto padecían; los otros, vivían tan contentos. A lo mejor, se producía alguna guerra a sólo quinientos kilómetros y tardaban meses en enterarse. Ahora…

Los titulares eran escandalosos a más no poder:

LA FEDERACIÓN ASIÁTICA PRESIONA A FILIPINAS PARA QUE SE INCORPORE A LA MISMA.

NEGATIVA FILIPINA.

ANUNCIO DE REPRESALIAS POR PARTE DE LA FEDERACIÓN.

Y algo más abajo:

¡ROBO SENSACIONAL!

¡CUARENTA MILLONES DE SOLARES DESAPARECEN DE LAS ARCAS DEL BANCO GENERAL!

—Y con la caja fuerte intacta —comentó Rogers—. Sí, es raro, en efecto. ¿Se habrán volatilizado esos millones?

La información le entretuvo un tanto. Según parecía, nadie había entrado y salido de la caja, desde la hora del cierre. Además, dado que el cierre se producía por mecanismos de reloj, resultaba imposible forzarla, ni siquiera con un cañón pesado. La policía y los directivos del banco se volvían locos, tratando de dilucidar aquel misterio, dado que los mecanismos de relojería de cierre y apertura, de alta precisión, no ofrecían la menor señal de anormalidad.

—Bueno, como soy pobre, no me importa demasiado —se consoló Rogers con no poca filosofía.

El ascensor se detuvo y Rogers salió al pasillo. Era un hombre joven, bien parecido, de aspecto corriente y complexión fuerte, aunque no exagerada en su musculatura. Sin embargo, le gustaba practicar el deporte siempre que su profesión se lo permitía.

Recorrió el pasillo hasta dar con la puerta que deseaba. Llamó y esperó unos momentos.

La puerta se abrió al cabo. Delia Grundig, pálida todavía, le miró inquisitivamente.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿No me reconoce, señorita? —contestó el joven—. Soy Armin Rogers, de la Robótica Mackenzie.

Ella le contempló fijamente durante un segundo.

—Ah, sí —dijo al cabo—. Le recuerdo, señor Rogers. ¿Quiere pasar?

—Muchas gracias, señorita.

Delia cerró la puerta cuando su visitante hubo entrado en el piso. Le indicó una silla y dijo:

—Perdone que le reciba así, pero he salido del hospital esta misma mañana y aún no me he recobrado por completo. Ha sido una casualidad que conservase este apartamento…

—Comprendo —dijo Rogers—. Señorita Grundig, permítame que la exprese mi sentimiento por lo ocurrido. Debió de ser para usted

un trance muy amargo, ¿no es cierto?

—Sí. Yo apreciaba infinitamente al doctor Robles y he sentido su muerte como no se puede imaginar. En cuanto a mí, estoy viva de milagro.

—Desde luego —convino el joven—. He leído los periódicos y sé que usted salió al jardín minutos antes de que se produjese la explosión.

—Tenía la cabeza un tanto cargada —explicó Delia—. Había trabajado intensamente durante el día y quise tomar el aire. De pronto, me sentí empujada al suelo. Eso es todo lo que recuerdo, hasta que me desperté en el hospital.

—Celebro su buena fortuna, señorita, aunque deplore la muerte del doctor. Bien, señorita Grundig, yo…

Rogers se interrumpió. Ella le animó a seguir.

—Continúe, por favor —rogó—, ¿Qué me iba a decir?

—Señorita, usted debe recordar, sin duda, el robot que encargó a nuestra compañía, con la figura exacta del doctor Robles.

—En efecto, lo recuerdo perfectamente. ¿Acaso quedó pendiente algún pago?

—Oh, por supuesto que no; el importe fue abonado puntualmente. Lo que ocurre es que la Robótica Mackenzie tiene por costumbre enviar a sus expertos a revisar periódicamente los robots que vende. Es un servicio de cortesía de la empresa. Y también una forma de velar por su prestigio.

—Comprendo —dijo la muchacha—. ¿Qué más, señor Rogers?

—Bien, soy ingeniero de la R. M. y me encargo de la revisión de los robots que vendemos, de un sector, naturalmente. Cuando llegué ayer al laboratorio con esa misión, me lo encontré destruido. Simplemente, quisiera oír su opinión, a fin de poder emitir un informe a mis superiores.

Delia movió la cabeza tristemente.

—¿Qué puedo decirle yo, señor Rogers? —murmuró—. Ni siquiera recuerdo si oí la explosión; perdí el sentido instantáneamente y…

—El doctor Robles debía de realizar unos experimentos muy peligrosos —apuntó el joven—. Los materiales que empleaban fundieron el cemento y los metales como si hubiesen sido simple cera.

—¡Oh, no! —protestó Delia—. ¡Eso es imposible! ¡El doctor Robles no empleaba nada que pudiera estallar! A lo sumo, una descarga eléctrica, pero de poquísima intensidad.

Rogers se quedó perplejo.

—¿Quiere decirme que el profesor no empleaba en sus experimentos ninguna sustancia inflamable o explosiva? —dijo.

—Así es; sólo electricidad, primero elevada de voltaje y luego reducida a límites perfectamente soportables por el cuerpo humano. Nada de sustancias químicas susceptibles de inflamación o explosión.

Rogers se rascó la cabeza, desconcertado.

—Pues no lo entiendo. ¿Qué experimentos realizaba el profesor, señorita?

—¿Es posible que un ingeniero no esté al tanto de una cosa semejante? En tiempos, los periódicos hablaron mucho de él, tanto, que a fin de no ser molestado por periodistas que venían de todas partes del mundo, encargó el robot para que los recibiera en su nombre. Tampoco quería atender a otros científicos y el robot se encargaba de esa tarea.

El joven hizo chasquear los dedos.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó—. Había inventado un aparato que permitía reducir de tamaño a los seres vivientes. Pero, ¿dio resultado?

—¿Que si lo dio? Señor Rogers, usted no sabe el fascinador espectáculo que se presencia en el seno de una sencilla gota de agua. Si alguna vez ha visto algo parecido a través de un microscopio, imagínese qué será estando dentro de la gota de agua.

—¡Caramba! —murmuró Rogers, boquiabierto—. Debe de ser maravilloso, en efecto.

—Y peligroso también, a causa de los gérmenes vivos que se agitan en el seno de la masa líquida. Hablo por experiencia, créame —dijo Delia con ligera sonrisa.

—Una experiencia fascinante, desde luego —convino el joven—. Y ahora, ese maravilloso invento se ha perdido y con él su autor.

—Así es —confirmó Delia.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Rogers dijo:

—Usted sostiene que la explosión no tuvo origen en un experimento del profesor Robles. No es que me importe

estrictamente, desde el punto de vista de mi informe, pero habrá de perdonar mi curiosidad. En su opinión, ¿qué es la que produjo el estallido?

—Hablando sinceramente, no tengo la menor idea —contestó la muchacha.

Rogers hizo un signo de resignación.

—En fin, no quiero seguir molestándola más, señorita Grundig —declaró—. Deseo de todo corazón que se restablezca rápidamente y…

El joven se interrumpió. Con gesto súbito, Delia acababa de llevarse las manos a la cabeza y se oprimía las sienes fuertemente. Su rostro expresaba dolor y sorpresa al mismo tiempo.

—¿Qué le pasa, señorita Rogers? —preguntó, alarmado.

—No sé… Oigo voces… —dijo ella, con voz trémula—. Alguien grita…

Rogers pensó si la explosión no habría afectado de alguna forma la mente de la joven. Pero no tuvo tiempo de hacer más especulaciones, porque en aquel momento llamaron a la puerta.

CAPÍTULO IV

Rogers fijó sus ojos en Delia. Ella parecía ausente y, al mismo tiempo, como si sufriese un dolor extraño.

—No se levante —dijo galantemente—. Yo abriré.

Delia no le contestó. Seguía en la misma posición, absorta, ajena a cuanto le rodeaba.

El joven se puso en pie. Cruzó la estancia y abrió la puerta.

Dos hombres aparecieron ante sus ojos. Eran altos, muy delgados y parecían empleados de una agencia de pompas fúnebres.

—¿Delia Grundig vive aquí? —dijo Rick.

—Sí, pero ahora se encuentra indispuesta —contestó Rogers—. No está en disposición de recibir visitas.

Rock sonrió burlonamente.

—Usted es una excepción, ¿verdad? —dijo.

El joven sintió una vaga aprensión. No le gustaba el aspecto de aquella pareja.

—Sí, soy la excepción —contestó.

Y se dispuso a cerrar la puerta.

Un pie se lo impidió. Rock dio un fuerte empujón y Rogers retrocedió, trastabillando.

—Adentro —murmuró—. Sin ruido, Rick.

—O.K., Rock.

Armin presintió algo grave para Delia. Instantáneamente, concibió la idea de defenderla.

Rock parecía que iba a sacar un arma. Rogers se le anticipó, alzando el pie. Golpeó el antebrazo de Rock y el hueso chasqueó.

Rock cayó de rodillas, gritando de dolor, olvidado por completo

de la siniestra misión que le había llevado hasta allí. Rick maldijo obscenamente.

Rogers se volvió hacia él. Rick había sacado ya un arma.

Era una pistola eléctrica. Podía fulminar a una persona y carbonizarla en fracciones de segundo.

Rogers golpeó la mano armada con el filo de la suya, en el momento en que Rick apretaba el interruptor. La descarga abrió un negro agujero en el sillón contiguo al que ocupaba Delia.

La pistola cayó al suelo. Rogers cerró el puño y lo proyectó contra la mandíbula del asesino.

Rick se desplomó sin sentido, junto a su compinche, a quien el dolor de la fractura había privado igualmente de conocimiento. Seguro por el momento, Rogers se volvió hacia la muchacha.

—Aquí tiene la explicación de las voces que oía —dijo.

Delia tenía los ojos muy abiertos y miraba a los rufianes con expresión de pasmo, como si no diera crédito a lo que acababa de suceder.

Todavía seguía sentada en el sillón. Rogers creyó que estaba en trance y se inclinó hacia ella.

—¡Señorita Grundig! —llamó, sacudiéndola por un brazo—. ¿Se siente mal? ¡Contésteme, por favor!

Delia fijó en él sus ojos.

—¡Dios mío! ¡Esos sujetos querían matarme! —exclamó al cabo.

—Al parecer, eso es lo que pretendían. Pero, no entiendo. ¿Acaso les ha hecho usted algún daño?

Delia negó vigorosamente con la cabeza.

—En absoluto; yo… ¡Espere! ¡Ahora creo reconocerles!

Rogers la miró interesadamente.

—¿Sí? Bien, llamaremos a la policía y que se encargue de ellos.

—No, déjelo —cortó la muchacha con un ademán—. Se lo diré ahora, señor Rogers… Esos dos individuos trabajan para Duttweiler.

—¡Duttweiler! —resopló el joven—. He oído hablar de él y, en algunos aspectos, no demasiado elogiosamente; pero nunca supuse que tuviese asesinos a sueldo.

—No cabe la menor duda de que quisieron matarme, y lo habrían conseguido de no haber sido por su acertada intervención, señor Rogers —manifestó la muchacha—. Desde que conocí a Duttweiler, sentí hacia él una instintiva antipatía. Nunca me gustó,

desconfié de él… y los hechos han venido a darme la razón.

Rogers frunció el ceño.

—Sí, es evidente que ellos querían matarla a usted. Pero, ¿por qué? —dijo, lleno de extrañeza.

—Se me ocurre una idea —dijo Delia.

El joven la miró fijamente. Ella añadió:

—Duttweiler financió el invento del doctor Robles, ignoro con qué motivos, ya que el Congreso había denegado los créditos solicitados para proseguir las investigaciones en tal sentido. Duttweiler, es preciso reconocerlo, se portó generosamente y entregó al doctor un cheque por valor de diez millones de solares.

—¡Diez millones! —repitió Rogers, estupefacto.

—Así es —confirmó Delia—. La única condición que impuso fue que él conocería antes que nadie el éxito de los resultados y el doctor cumplió su promesa. Al año y medio, Duttweiler fue a nuestro nuevo laboratorio… y se produjo la explosión que mató al doctor Robles.

—Pero él no murió.

Delia movió la cabeza.

—No. Estoy segura de que dejó la bomba y se marchó… con el invento.

—¿Eh? —respingó el ingeniero—. ¿Pudo hacer una cosa semejante?

—En mi opinión, sí. Mató al doctor, preparó la bomba, se metió en el reductor, disminuyó de tamaño y salió sin ser visto de nadie. Duttweiler tenía que saber a la fuerza que yo estaba en el edificio y contó con mi muerte.

—Pero habrá leído los periódicos y sabrá que está viva. Por eso envió a sus esbirros a matarla.

—Así lo creo yo, aunque, en el fondo, los motivos no se me aparecen demasiado claros. ¿Por qué había de morir yo también?

—Es sencillo —contestó el joven—. Nadie debe de saber que él se llevó el reductor dimensional.

—Sí, pero ¿para qué lo quiere?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Rogers se acordó de la noticia que había leído mientras subía en el ascensor.

Al entrar en el piso, había dejado el diario sobre una mesita. Lo cogió, desplegándolo por la página de sucesos, y lo puso delante de

la muchacha.
—Lea —dijo—. Para esto quería Duttweiler el reductor de dimensiones.
Delia paseó la vista por las líneas que relataban el robo del banco. Al terminar levantó la cabeza.
Estaba horrorizada.
—¡Pero esto es terrible! —exclamó—. ¡Cuarenta millones de solares!
—En efecto, aunque quizá el cierre de esa caja fuerte no era totalmente hermético, a pesar de que ya hace ciento cincuenta años que las hacen a prueba de agua y gases.
—No hace falta que escape por una ranura —dijo Delia—. Basta que aguarde pacientemente a que los empleados abran la caja, a la hora acostumbrada y, convertido en un ser de tamaño microscópico, escapar con el botín. ¿Quién va a sospechar de un ladrón cuyo tamaño es el de un microbio cualquiera?
—Eso es cierto —convino Rogers—. Por tanto, nos conviene avisar a la policía para que se lleven a estos rufianes y que arresten a Duttweiler.
—No conseguirá nada —dijo Delia.
—¿Por qué?
—Si usted hubiese sido el ladrón, ¿guardaría el dinero en su tamaño natural?
Rogers abrió la boca.
—Diablos, no —contestó—. Lo reduciría de tamaño, hasta hacerlo invisible, dejándolo en un lugar sólo conocido de mí. Luego, cuando necesitase fondos, yo reduciría mis dimensiones, tomaría el dinero que me hiciese falta, volvería a recobrar mi aspecto normal y…
Delia movió la cabeza afirmativamente.
—Eso es lo que haría yo también. Y ¿qué policía puede probar que Duttweiler posee el reductor?
—Nadie puede probarlo, desde luego —suspiró Rogers—. Pero, al menos a estos tipos, podríamos darles un buen disgusto, encerrándolos para una larga temporada.
—Y cuando saliesen, volverían a buscarme —declaró Delia—. No, ésa no es solución, señor Rogers. Hay una, pero…
El joven la miró interesadamente.

—¿Cuál, señorita Grundig?

—Construir un nuevo reductor y rescatar el que posee Duttweiler.

Rogers meditó unos instantes.

—¿Sería capaz usted de construir un segundo reductor?

—Por supuesto —contestó ella.

—Me gustaría viajar por el interior de una gota de agua —dijo Rogers ensoñadoramente—. Creo que sería un viaje maravilloso…

—Algunos infusorios tienen un aspecto terrible, vistos desde su tamaño natural. Y los hay tremendamente agresivos.

Rogers sonrió.

—Llevaríamos armas defensivas —dijo—, pero, por el momento, no son más que especulaciones sobre algo todavía muy remoto. Señorita, ¿qué piensa hacer usted?

Delia se puso en pie.

—Recogeré algunas prendas de ropa y me iré de aquí. No quiero que Duttweiler sepa dónde vivo.

—Es una buena idea —admitió el joven. Miró a los dos sujetos que yacían en el suelo, todavía inconscientes—. Los ataré, para que no nos molesten mientras usted prepara su equipaje.

Rock despertó el primero, pero, bajo la amenaza de la pistola de su compañero, se vio obligado a atarle. Luego, mientras Delia sostenía la pistola, Rogers se encargó de atar al otro.

A continuación, Delia puso unas cuantas prendas de ropa en una maleta, recogió unos libros que a Rogers parecieron gruesos cuadernos de apuntes y se mostró dispuesta a abandonar el piso.

Cuando iba a salir se detuvo, con la vista fija en un punto indeterminado. Estuvo así un par de segundos y luego dijo:

—No, ha sido una ilusión mía.

—¿Cómo? —preguntó el joven cortésmente.

—Nada, no tiene importancia —respondió ella con reticencia—. Cuando usted quiera, señor Rogers.

—Estoy a sus órdenes, señorita.

Entraron en el ascensor. Mientras bajaban, Delia, con voz evocadora, dijo:

—¿Qué habría hecho Duttweiler con el segundo reductor? ¿Lo dejaría en el laboratorio para que fuese destruido por la explosión o se lo llevaría también?

—¡Cómo! —exclamó Rogers—. Yo creía que el doctor Robles sólo había construido uno.

—No, construyó dos, ambos idénticos y en estado de perfecto funcionamiento. Quizá Duttweiler se llevó los dos, pensando en que tendría uno de repuesto si el otro fallaba.

—Es posible —admitió el joven—. Bien, ¿ha pensado ya adonde se va a esconder?

Delia se mordió los labios.

—Por el momento, la verdad es que no sé qué hacer —confesó.

Una súbita idea brilló en la mente del joven.

—¿Por qué no se viene a mi casa? —sugirió—. Soy soltero y vivo con mi madre. Allí estaría bien atendida, esos tipos no me conocen, no saben dónde vivo… y es un sitio muy bonito. Podría descansar unos días, reponerse por completo…

Delia sonrió hechiceramente.

—Me lo está pintando tan bien, que temo voy a no poder resistir la tentación.

—No la resista —dijo Rogers alegremente.

CAPÍTULO V

Jackson R. Duttweiler consultó su reloj de pulsera y dijo:

—Faltan cinco minutos para las nueve de la mañana. Pronto abrirán la caja.

Max, el conductor, asintió con un gesto de cabeza.

—La verdad es que ya tengo ganas de salir de aquí —declaró—. Tantas horas encerrado, llegan a producirle a uno complejo de claustrofobia. Sobre todo, teniendo en cuenta nuestro tamaño.

—Hemos debido reducirnos para no acabar con el oxígeno de la caja fuerte —explicó Duttweiler, sentado ante los mandos del reductor dimensional—. Pero la espera ha valido la pena, ¿no crees?

Max fijó la vista en los dos sacos, atestados de billetes, que ocupaban una buena parte del espacio libre de la máquina.

—¿Cuánto calcula que hay en los sacos, jefe? —preguntó.

Duttweiler hizo un gesto de indiferencia.

—Veinte, treinta millones… Ya nos lo dirán los periódicos cuando publiquen la noticia. Los empleados de banco harán arqueo, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. Rick y Rock se alegrarán al vemos volver.

Duttweiler frunció el ceño.

—Me pregunto qué habrán hecho esa pareja de tontos. Cuando salimos de casa, ellos no habían vuelto todavía.

—Tal vez tuvieron que esperar una hora conveniente —apuntó Max—. Pero son hábiles y habrán eliminado a la chica.

—Eso espero —contestó Duttweiler. Miró el reloj nuevamente—. Bueno, ya sólo falta un minuto. Vamos a reducirnos más de tamaño.

Cuando los empleados del banco abrieron la caja fuerte, sólo con

un microscopio de gran potencia, y conociendo su exacto emplazamiento, podrían haber hallado el lugar donde estaban los dos ladrones.

Tranquilamente, Duttweiler y Max abandonaron el banco sin ser vistos. Desde luego, antes de salir, empezaron a sonar los timbres de alarma y se cerraron las puertas, pero éstas no poseían el hermetismo total del enorme cierre de la caja fuerte y pudieron salir sin ninguna molestia.

Una hora después, estaban en casa. Descendieron al sótano y, ya en seguridad, Duttweiler manejó los mandos en el sentido requerido para recobrar el tamaño normal.

Cuando salió del reductor, vio a Rick y a Rock, los dos con aspecto abatido y melancólico. Rick llevaba el brazo derecho en cabestrillo y, en cuanto a su compañero, tenía la barbilla hinchada y amoratada.

—¿Qué ha sucedido? —rugió Duttweiler—. ¿Por qué ponéis esas caras?

—¡Parecen gallinas mojadas! —comentó Max cruelmente.

—Jefe… —Rock tragó saliva.

Hubo una pausa de silencio. Max adivinó lo ocurrido.

—Fallaron, patrón —exclamó.

—¿Es cierto eso? —preguntó Duttweiler.

Rick movió la cabeza afirmativamente.

—Ella… bueno, había un tipo con la chica y…

—A Rick le partió el brazo y a mí… me derribó… —añadió Rock.

—Luego nos ataron…

—¡Imbéciles! ¡Mil veces imbéciles! —gritó Duttweiler, rojo de ira—. Merecíais que… De modo que la chica sigue viva.

—Sí, señor.

—Y ella os conoce. Puesto que os vio, habrá sumado dos y dos y a estas horas sabrá quién os dio la orden de eliminarla.

Los dos rufianes asintieron en silencio. Duttweiler meditó unos instantes.

Debía mantener la mente clara, se dijo. La cólera no mejoraría su situación.

Por un momento, pensó en castigar a la pareja de un modo implacable, pero luego reflexionó. ¿Dónde encontraría a otros dos

que le sirviesen de un modo tan absolutamente incondicional?

—Está bien —dijo—. Un error lo comete cualquiera, pero no toleraré el segundo. Es de suponer que la chica haya buscado un buen escondite, temiendo un segundo atentado. No importa, la encontraremos… y hay dinero de sobra. Ahora, vamos a desayunar; después estableceremos un plan de ataque.

En el mismo momento, un hombre llamaba a la puerta de la casa, en el exterior.

S-2 llevaba unas gafas de color oscuro, tanto por conveniencia propia como por ocultar el hermoso morado de su ojo derecho. Al requerimiento de su timbrazo, acudió una especie de sirviente que ya se creía extinguida a finales del siglo XXI.

—¿El señor Duttweiler? —preguntó S-2 cortésmente.

—Está ocupado ahora —respondió con gran dignidad el mayordomo.

S-2 cubría su cuerpo con un impermeable pasado de moda. Debajo del mismo llevaba una pistola.

Apretó el gatillo. Sólo se oyó un tenue chasquido.

El mayordomo puso cara de asombro. Luego se miró el estómago. No vio nada, pero se sintió morir.

Estaba muerto antes de tocar el suelo con sus espaldas. Tranquilamente, S-2 pasó por encima de él y cerró la puerta.

Inclinándose, arrastró el cuerpo del mayordomo, escondiéndolo bajo un diván. Luego, con paso seguro, se dirigió hacia la puerta que conducía al sótano de la casa.

Largos meses de pacientes investigaciones, habían hecho conocer a S-2 la existencia de aquel sótano. Las apariencias indicaban que Duttweiler se retiraba allí para descansar y meditar en un ambiente de absoluta quietud. La realidad, sin embargo, era muy distinta.

S-2 asió el pomo. La puerta estaba cerrada.

No se inmutó por ello. Sacó la pistola, movió una ruedecilla graduada y apuntó un poco por encima de la cerradura.

S-2 movió el arma en semicírculo. Un rayo de luz muy tenue salía de la boca del cañón y quemaba la madera instantáneamente. El mismo rayo había abrasado el corazón del mayordomo en fracciones de segundo.

Instantes después, el paso quedaba libre. S-2 abrió

cautelosamente y escuchó.

Abajo se oían voces humanas. El espía descendió paso a paso, hasta dominar con la vista todo el ámbito.

Duttweiler hablaba con tres individuos. S-2 los conocía muy bien.

Eran hombres peligrosos. Además de esto, a S-2 no le importaban en absoluto. Su presa era Duttweiler.

Apuntó con todo cuidado y disparó. Max cayó sin enterarse de lo que le había sucedido.

Los otros se volvieron en el acto. S-2 fulminó a Rick y Rock de sendos disparos que convirtieron sus cerebros en masas de carbón. Presa de un terror indescriptible, Duttweiler levantó las manos.

—Así me gusta —dijo S-2, sonriendo torvamente. Descendió los últimos peldaños y se acercó a Duttweiler.

El financiero tragó saliva.

—¿Qué… qué quiere usted? —preguntó.

S-2 miró por encima de su hombro.

—De modo que ése es el aparato —murmuró.

—Es mío… —intentó protestar el aterrado Duttweiler. Sin la protección de sus esbirros, se sentía completamente indefenso.

S-2 reparó en los sacos llenos de dinero. Una risita se escapó de sus pálidos labios.

—Un buen medio para desvalijar los bancos —dijo—. Bien, señor Duttweiler, prepárese para enseñarme el manejo de ese trasto.

El financiero enderezó los hombros.

—¿Y si me negase?

S-2 le puso la pistola bajo las narices,

—Diga que no, ande —invitó—. Me parece que es un cacharro de manejo bastante sencillo y yo acabaría por conocer su funcionamiento. Sin usted, desde luego.

Duttweiler reflexionó unos instantes.

Aquel intruso, que le era completamente desconocido, no pretendía matarle por el momento. Lo mejor era seguirle la corriente; luego, ya vería de deshacerse de él, aprovechando un descuido.

—Está bien —dijo al cabo—. Siéntese en el sillón de la izquierda.

—Después de usted, naturalmente —contestó S-2.

Duttweiler inició las explicaciones. Al terminar, el espía comentó:

—Es sencillísimo, desde luego. Señor Duttweiler, ¿quiere ensayar una reducción al tamaño de un garbanzo, por ejemplo?

—Desde luego.

A S-2 le pareció que las paredes y el techo del sótano se alejaban vertiginosamente. Sin embargo, el tamaño aparente de él y de Duttweiler continuaba siendo el mismo.

—Ya está —dijo el financiero al cabo de unos minutos.

El techo parecía tan distante, que apenas si se veía. Las patas de una mesa, que parecía hallarse a kilómetros de distancia, semejaban colosales rascacielos cilíndricos.

—Señor Duttweiler, ¿qué pasaría si una persona saliese del campo de acción de la máquina durante el proceso de reducción? —preguntó el espía.

—No lo sé, no lo he probado nunca —contestó el interpelado—. Nada bueno, por supuesto.

—Entonces, pruébelo.

Y antes de que Duttweiler pudiera apercibirse a la defensa, S-2 le propinó un tremendo patadón en la cadera, que lo lanzó fuera de la máquina en un instante.

El grito de horror de Duttweiler quedó cortado por el horripilante sonido de una masa orgánica al explotar como una bomba. S-2 sintió que caía sobre el techo transparente del aparato una espesa lluvia roja, pero obvió el inconveniente, manejando el mando de reducción hasta convertir el aparato en algo completamente invisible.

Luego, satisfecho de su hazaña, S-2 pensó en el regreso.

—Es hora de volver a casa —dijo simplemente.

* * *

A la hora del desayuno, Armin Rogers desplegó el periódico para leer los titulares.

Las exigencias de la Federación Asiática no habían variado en lo más mínimo.

El presidente de la Alianza Occidental invitaba a su colega a una reunión de alto nivel. El presidente de África se mostraba conforme

con la idea y había prometido su asistencia a la reunión.

Se había cometido otro robo. Esta vez, la víctima había sido el banco Euroatlántico.

La cantidad robada ascendía a treinta y dos millones de solares. El paradero de los ladrones y del botín resultaba ignorado.

Rogers presentó el periódico a Delia.

—Lea, señorita —invitó—. Otro robo análogo.

Ella paseó su vista por las líneas impresas.

—Duttweiler, no cabe la menor duda —acusó al terminar la lectura.

La señora Rogers entró en aquel momento con una bandeja en las manos.

—¡A desayunar! —dijo alegremente—. Déjense de periódicos; leerlos por la mañana, es causa de dolor de estómago durante el resto del día.

Rogers sonrió.

—Mamá, entonces, ¿sólo se pueden leer por la noche?

—Tampoco. Causan insomnio —declaró la buena señora redondamente.

—A mí me costó mucho dormirme anoche —dijo Delia.

—Es lógico —contestó la madre de Armin—. Todavía le dura la excitación de lo ocurrido. Pero ya irá olvidándolo todo y… Sobre todo, olvídese de su línea y coma. Muchacha, está muy delgada y a los hombres, dígase lo que se diga, les gustan llenitas.

Delia se ruborizó intensamente.

—¡Mamá! —protestó Rogers—. ¡Que es nuestra huésped!

—Por eso se lo digo. Si fuese una invitada de compromiso, me habría callado. ¿Qué piensas hacer esta mañana, hijo?

—Tengo que presentar el informe en la compañía. Luego pediré un permiso de tres meses. Sin sueldo, naturalmente.

—Hijo, tú sabrás lo que te haces —respondió la señora Rogers llanamente—. Delia, ¿quiere más mermelada?

—Muchas gracias, señora; ya tengo bastante.

Rogers atacó con resolución su plato de huevos revueltos.

—Después de haber entregado mi informe en la R.M. —dijo—, iré a visitar a Duttweiler.

Una sombra de temor apareció en los ojos de Delia.

—¿Solo? —preguntó.

—No me hace falta nadie más. —Rogers sonrió—. La verdad, empezaba a enmohecerme con la rutina de inspeccionar robots. Un cambio en mi trabajo me sentará bien.

—¿Qué le dirá? —inquirió la muchacha.

—Depende de la ocasión… y de lo que se me ocurra entonces. De una cosa estoy seguro, señorita Grundig.

—Hijo, ¿por qué tantas ceremonias? —intervino su madre.

Delia sonrió.

—Es cierto. Llámeme por mi nombre, Armin.

—Bien, Delia, de acuerdo. Antes decía que estoy seguro de una cosa. Se trata, simplemente, de que podemos dar como perdido el reductor dimensional.

—¿Usted cree?

—Nada más fácil que esconder un trasto como ése —contestó Rogers—. Y Duttweiler puede ser muchas cosas, pero no tonto.

Delia asintió.

—Es cierto —murmuró.

—Por eso vamos a construir nosotros el nuestro —aseguró el joven rotundamente—. ¿Ha visto el cobertizo que hay en el patio posterior?

—Desde afuera solamente, Armin.

—¿Cree que es capaz?

—Sí, desde luego.

—Bien, en su opinión, ¿cuánto tiempo tardaríamos en tener listo el reductor?

—Ahora que ya ha sido experimentado… unos tres meses, menos no, en absoluto.

—De acuerdo. Dentro de tres meses, tendremos listo nuestro reductor.

La señora Rogers intervino de nuevo.

—Hijo, te olvidas de una cosa muy importante —manifestó.

—Di, mamá,

—Dinero.

Rogers miró a la muchacha.

Delia dijo:

—Yo tengo mis sueldos de año y medio prácticamente intactos.

—Y yo he hecho algunos ahorros —declaró Rogers—. Me parece que debo de tener en el banco alrededor de unos cinco mil solares.

Delia hizo un gesto pesimista.

—Con mis ahorros, disponemos de unos doce mil solares —calculó—. Armin, con ese dinero no tenemos ni para empezar —manifestó desanimadamente.

CAPÍTULO VI

S-2 se sentó ante la lámpara y presionó el botón de contacto.

Esperó un par de minutos. Luego oyó una voz conocida:

—Aquí, Centro. Adelante, S-2.

—Informa S-2. Objetivo conseguido.

A miles de kilómetros de distancia se oyó un suspiro de alivio.

—¡Magnífico, S-2! Una buena labor, indudablemente.

—Muchas gracias, señor. Ahora solicito instrucciones…

—Un momento, S-2. ¿Cómo se desarrollaron los acontecimientos?

—A plena satisfacción, desde luego.

—¿Testigos?

—Ni uno solo, señor. Es decir, no queda ni uno con vida.

—¿Duttweiler?

—Muerto, desde luego.

—Bien, S-2. ¿La máquina?

—En lugar seguro, Centro.

—¿Conoce su funcionamiento?

—A la perfección.

—¿Es tan buena como se dice?

S-2 no pudo contener una risita.

—La realidad supera a cuanto uno pudiera imaginarse, Centro —contestó.

—¿La ha experimentado usted?

—Sí, desde luego.

—¿Es cierto que todo cuanto cae en su campo de acción se contrae?

—Exactamente.

Hubo una pausa de silencio. Luego, el Centro dijo:

—Queremos una prueba, S-2.

—Estoy dispuesto, señor.

—Haga un experimento, provisto de un tomavistas. Impresione una película y envíela por el medio acostumbrado.

—Lo haré a la mayor brevedad posible. ¿Más instrucciones?

—Sí. Continúe como hasta ahora. En el momento adecuado, recibirá la visita de un enlace.

—Sí, señor.

—Usted le instruirá en el manejo del reductor. Conviene que haya más de uno que sepan hacer funcionar el aparato.

—Muy lógico —aprobó S-2.

—El enlace usará la contraseña F-17.

—Contraseña F-17 —repitió el espía—. Enterado, Centro.

—Ah, el enlace le indicará cuál es la recompensa, S-2. Eso es todo. Cambio y fuera.

—Cambio y fuera. Centro —dijo S-2, cortando la comunicación.

Se frotó las manos, vivamente satisfecho.

—Ahora verán esos malditos occidentales con quiénes se están jugando los cuartos —dijo.

Y luego pensó que, antes de que ello sucediera, habría de pasar algún tiempo. Pero sucedería.

—Es tan inevitable como la muerte y los impuestos —afirmó lleno de júbilo.

* * *

Armin Rogers se detuvo ante la puerta de la casa de Duttweiler y presionó el timbre de llamada.

Repitió el gesto varias veces.

—¡Qué raro! —murmuró—. Duttweiler es un tipo rico, tanto, que ni siquiera usa robots sirvientes.

La Robótica Mackenzie había querido colocarle un par de robots en cierta ocasión, pero Duttweiler había rechazado el ofrecimiento con olímpico desprecio.

Rogers lo sabía porque había sondeado discretamente a un compañero, que era quien se lo había contado. Extrañado por aquel

silencio, ensayó de abrir la puerta.

No estaba ni siquiera cerrada. Rogers la empujó y entró en el vestíbulo.

La casa era grande. Al fondo, una gran escalera permitía el acceso al piso superior. Una mujer apareció en aquel momento en lo alto del corredor.

—Perdón, señor —dijo—. Creí que Braddon acudiría a la llamada…

Rogers sonrió, mientras la doncella descendía las escaleras.

—Busco al señor Duttweiler —dijo—. ¿Puede indicarme dónde está?

—No tengo la menor idea, señor. Probablemente, Braddon, el mayordomo, sabrá indicárselo. Iré a buscarle…

La doncella se interrumpió, con los ojos fijos en un punto situado a la derecha del joven.

Rogers volvió la cabeza. Inmediatamente, pegó un respingo.

Las punteras de unos zapatos sobresalían por debajo de un diván cercano. Reponiéndose, Rogers apartó el diván y dejó al descubierto el cuerpo de un hombre muerto.

El mayordomo tenía un agujerito oscuro en el centro del pecho. Rogers observó, sin embargo, que no se había producido derramamiento de sangre.

En aquel instante, oyó un terrible chillido. Cuando se volvió, divisó a la doncella que rodaba por tierra.

Corrió hacia la joven y, levantándola en brazos, la condujo a un sillón cercano.

—¡Pobrecilla! ¡Se ha desmayado!

Dejó a la joven en el sillón. Era mejor que se recobrase por sí misma.

Durante unos minutos, sin tocarlo, estuvo examinando el cuerpo de Braddon. Luego se dijo que parecía extraño que Duttweiler no hubiese denunciado la muerte de su mayordomo.

—Y no estaba muy escondido —murmuró—. Más bien parece como si el asesino hubiese querido quitar un estorbo de en medio.

Luego dio unos cuantos pasos por el enorme vestíbulo. De pronto, divisó una puerta entreabierta.

Un trozo de la madera, de sección semicircular, estaba quemado. Rogers captó el detalle con singular preocupación.

Con la punta de los dedos, terminó de abrir la puerta. Divisó ante sí una escalera que se hundía en el suelo e inició el descenso con grandes precauciones.

—¡Señor Duttweiler! —llamó.

Sólo recibió un profundo silencio como respuesta.

Rogers alcanzó el fondo del sótano y entonces divisó tres cuerpos que yacían en el suelo.

Se estremeció. Los tres muertos presentaban análogas heridas: sendos orificios negruzcos, de medio centímetro de diámetro, en el cráneo. El aspecto de los agujeros era exactamente igual al que había observado en el tórax del mayordomo.

Luego vio algo que le causó una infinita repulsión: manchas de sangre por todas partes. Había en el suelo, en las paredes, en los muebles, en el techo…

Se agachó y observó, sin tocarlo, algo que parecía un minúsculo fragmento de cuerpo humano. Era parte de la yema de un dedo.

Sintió náuseas. ¿Qué cosa tan horrible había sucedido en aquel sótano?

Rogers vio también un par de sacos que parecían contener dinero, pero no quiso tocarlos. Ahora sí que la policía debía tener conocimiento de lo ocurrido.

Subió arriba a la carrera. La doncella empezaba a despertarse.

—Vaya a la cocina y prepare café en abundancia —ordenó enérgicamente—. Cuando lo tenga listo, avíseme.

—Sí…, sí, señor… —contestó la joven, impresionada por la firmeza del visitante—. Ahora mismo…

—Y no se le ocurra bajar al sótano —prohibió Rogers. Luego suavizó su tono—. Ha ocurrido algo horrible, pero no debe asustarse; todo lo malo, ha pasado ya.

La doncella le miró con ojos llenos de pavor. Luego, sin pronunciar palabra, echó a correr y desapareció del vestíbulo.

Entonces, con un suspiro de alivio, Rogers se dirigió hacia el visófono que había sobre una mesita auxiliar, presionó el interruptor de comunicación y marcó el número de la Jefatura de Policía.

* * *

Delia escuchó en silencio el relato que Armin Rogers le hizo de lo que había sucedido en casa de Duttweiler.

Al terminar, dijo:

—Así que Duttweiler y sus acólitos han muerto.

—Además de Braddon, el mayordomo, quien, por lo visto, era inocente de las tropelías de su amo.

—Pero… no entiendo, Armin. ¿Por qué asesinaron a Duttweiler y a todos los de su cuadrilla, además de a Braddon?

—Tampoco yo lo comprendo —suspiró el joven—. Pero lo cierto es que están muertos.

—Y no encontró rastro del reductor dimensional.

—Nada, en absoluto.

—¿Tiene la policía alguna idea de quién o quiénes pudieron cometer semejante matanza?

—No. Hasta ahora, no se ha hallado el menor rastro. En todo caso, los asesinos actuaron con un máximo de precauciones.

Delia reflexionó durante unos momentos.

—Armin —dijo al cabo—, ¿cómo identificaron a Duttweiler?

—Se encontraron algunos fragmentos de sus dedos. Las huellas dactilares, Delia.

—Comprendo. ¿Y los otros?

—Es un arma nueva, creo. El primer informe médico dice que tenían abrasados ciertos órganos vitales. Braddon, el corazón; los otros, el cerebro.

Delia hizo un signo pesimista con la cabeza.

—Creo que debemos dar el reductor por perdido —dijo.

—Explotó, Delia —afirmó el joven.

Ella volvió a negar.

—Es imposible, Armin. Puede fallar, dejar de funcionar, pero la explosión es materialmente imposible.

—Pues entonces no lo entiendo. Hay pedazos del cuerpo de Duttweiler por todas partes y el más grande es del tamaño de la uña del dedo meñique. ¿Qué pudo originar tales destrozos? Literalmente, quedó desintegrado.

—No lo entiendo, Rogers. Sólo se me ocurre opinar que tal vez no sabía manejar bien la máquina…

—Pero ¿no habíamos quedado en que lo difícil era la construcción y no el manejo? —exclamó Rogers.

—Sí, claro. No obstante, debemos tener en cuenta la posibilidad de un accidente… A fin de cuentas, Duttweiler era un profano, Armin.

Rogers calló durante unos momentos.

—Delia, ¿es posible que una persona que esté bajo el campo de acción de la máquina salga fuera de ella?

—Claro que sí —contestó la joven—. De otro modo, el aparato no tendría objeto. Pero si esa salida se hace con unas dimensiones inferiores a las normales, deberían observarse ciertas precauciones.

—¿Cuáles, por favor? —inquirió Rogers.

—Bien, el… pasajero debería llevar consigo un aparato que, enlazado con el generador de fuerza de reducción, mantiene el campo en torno a su cuerpo, evitando así gravísimos disturbios orgánicos que incluso podrían ocasionarle la muerte.

—Entiendo —murmuró el joven—. Pero una salida brusca de la máquina, sin el aparato de enlace…

Delia se puso rígida.

—¡Ahora comprendo lo sucedido! —exclamó—. Estoy segura de que Duttweiler salió del reductor sin el aparato de enlace.

—Claro —dijo Rogers—. Y salió a un tamaño muy inferior al normal. Entonces, desaparecida la acción del campo de fuerza reductora, su cuerpo se distendió súbitamente… y explotó.

Ella le miraba con ojos muy abiertos.

—Justamente eso fue lo que sucedió, Armin. Pero entonces, ¿dónde está el reductor que Duttweiler se llevó?

Rogers meneó la cabeza.

—Es inútil que nos esforcemos —dijo—. Duttweiler hizo una reducción a escala microscópica y luego salió del aparato, olvidando el de enlace. Explotó… y el reductor sigue allí, con el tamaño de una bacteria. Teniendo en cuenta que el sótano es enorme, debemos renunciar a encontrarlo, aparte de que la búsqueda despertaría sospechas inevitablemente.

—Sí, es verdad —admitió la muchacha—. No nos queda otro remedio que construir el nuestro.

—Pero no tenemos dinero —objetó Rogers.

Delia sonrió.

—Sí, tenemos, Armin —dijo sorprendentemente.

—¿Cómo? —respingó él.

—Yo era la secretaria y ayudante del doctor Robles. Además, administraba los fondos de su cuenta y nadie me ha retirado aún los poderes que él me dio. En sus últimos experimentos, sólo gastó unos ocho millones. Por tanto, quedan alrededor de dos en el banco.

—Pero, ¡eso es magnífico! —exclamó Rogers, entusiasmado—. ¿Cuánto empezamos, Delia?

Ella le tendió un papel escrito.

—Mientras usted estaba fuera, yo hice una relación de los materiales que emplearemos en primer lugar —contestó.

Rogers la contempló con admiración.

—No pierde usted el tiempo —comentó.

—Al contrario; tenemos que ganar todo el que nos sea posible, Armin. ¿Sabe?, estoy pensando que tal vez el reductor no esté en el sótano de la casa de Duttweiler.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el joven, asombrado.

—¿Qué objeto tendría semejante matanza, si no es el de apoderarse del reductor que no ha podido ser encontrado?

—Sí, es cierto —convino él pensativamente—. Pero, entonces, ¿cómo murió Duttweiler?

—Creo saber la verdad, Armin —contestó ella.

Rogers la miró interesadamente. Delia agregó:

—Alguien cometió las muertes, es indudable. Primero se deshizo del mayordomo y de los esbirros de Duttweiler. Luego obligó a éste a que le enseñara el funcionamiento del reductor.

—¿Y después?

—Sencillamente, lo arrojó fuera cuando estaban reducidos a un tamaño microscópico. Entonces, se produjo la explosión orgánica cuando Duttweiler, de golpe, recobró su tamaño normal. Sencillamente, sus tejidos no pudieron soportar la tensión originada por el cambio de espacio, del reducido al normal y se desintegraron.

—Sí, así tuvo que ocurrir —convino él—. Pero, ¿quién los mató?

Delia suspiró:

—Me temo que nos costará mucho averiguarlo… si es que algún día llegamos a conseguirlo —respondió melancólicamente.

CAPÍTULO VII

El camión se detuvo ante la casa. Su conductor manejó cuidadosamente el mando de antigravedad y el vehículo descendió lentamente hasta posarse en el suelo.

Dos hombres se apearon y se dirigieron hacia el compartimiento de carga. Abrieron las puertas traseras y extrajeron una gran caja de forma plana, de unos tres metros de longitud, por dos de anchura y sesenta centímetros de grosor.

La caja pesaba muy poco y podían manejarla fácilmente. Armin Rogers los vio desde la ventana y salió a su encuentro.

—¿Ingeniero Rogers? —preguntó uno de los individuos.

—Sí, yo mismo —respondió el interpelado.

—Usted encargó una cubierta de plástico. Aquí se la traemos, ingeniero.

—Está bien —indicó Rogers—. Llévenla al patio posterior, por favor.

Precedió a los dos hombres para guiarlos. Luego ordenó que dejaran la caja en el suelo.

—Es suficiente, gracias —dijo, entregando unos solares de propina—. Yo me encargaré del resto.

—Como quiera, ingeniero. Gracias —contestó uno de los mandaderos, llevándose dos dedos a la frente—. Buenos días.

—Adiós —se despidió el joven brevemente.

La señora Rogers se asomó por la puerta trasera de la casa.

—Armin, la comida está en la mesa —anunció—. Avisa a Delia y no dejéis que se os enfríe la sopa, como pasa a diario.

—Ahora mismo iremos, mamá —contestó el joven, sonriendo.

Abrió la puerta del cobertizo. Nadie sino ellos debía tener acceso al local.

Delia estaba inclinada sobre un banco de trabajo, manejando un soldador eléctrico. Rogers la contempló con simpatía.

La muchacha tenía los cabellos recogidos en una cola de caballo, que prestaba a su rostro un aspecto gracioso y juvenil. Como prenda de trabajo usaba una especie de mono, de mangas cortas y perneras también muy cortas, lo que permitía la visión de unas piernas preciosas.

—Delia, la sopa se enfría —añadió.

Ella cortó la corriente y le dirigió una cálida sonrisa.

—Mamá Helen se enfadará si no hacemos aprecio de sus dotes culinarias —dijo, mientras se quitaba los guantes con los cuales protegía sus manos.

—Merece la pena —sonrió el joven—. Ah, ya han traído la cubierta de plástico, Delia.

—¿La has visto tú, Armin?

—No, todavía no he destapado la caja.

—Confío en que la hayan moldeado de acuerdo con mis especificaciones —suspiró ella. Luego, variando de tema, añadió—: Tengo un hambre de lobo.

—Mamá Helen quiere que te pongas más bien llenita —rió él.

—Sí, pero no aumento un solo kilo, por más que me esfuerzo.

Rogers la contempló críticamente, mirándola de arriba abajo.

—¡Hum! Tampoco hace falta que engordes más —dijo—. Diciéndolo desvergonzadamente, estás en tu punto.

Delia se ruborizó intensamente.

—Por lo menos, eres sincero; bien desvergonzadamente has hablado —comentó. Pero se veía que le satisfacían los elogios del joven.

Minutos más tarde, se sentaron a la mesa. Rogers cogió el periódico del día y se puso a leer.

—Armin, no me gusta que leas en la mesa —le reprochó su madre.

El joven hizo una mueca de disgusto.

—Mamá, ¿y cuándo voy a enterarme de la actualidad? Todo el día estoy trabajando como un negro y…

—¿Qué dicen de las fricciones intercontinentales? —preguntó

Delia.

—Los asiáticos aumentan sus presiones. Están a punto de conseguir que Filipinas entre en su órbita y ya insinúan que Australia debe abandonar la Alianza Occidental y unirse a la Federación Asiática.

—Esos chinos son insaciables —comentó la señora Rogers.

—Veremos a ver si esta vez cede el presidente de la Alianza —dijo Rogers—. Por lo que dice el comentarista, todo depende de la reunión de alto nivel que se celebrará dentro de seis semanas.

—¿Asistirá también el africano? —preguntó Delia.

—Parece que sí, pero… si su papel es el mismo que el de la vez anterior, más vale que se quede en casa —respondió el joven disgustadamente.

—No sé lo que pasó —dijo Delia—. Cuéntame, Armin.

—Bueno, pues se limitó a ser el eco del asiático, eso es todo.

—Los occidentales estamos en baja —suspiró ella. De pronto, se puso las manos en las sienes y dejó escapar un breve gemido—: ¡Oh!

—¿Qué te pasa, Delia? —inquirió el joven, alarmado.

—No… no es nada… Mi cabeza… Ha sido como una violentísima punzada… Parece que ya se me pasa…

Helen Rogers se puso en pie.

—Te traeré una aspirina —dijo obsequiosamente.

Delia extendió una mano.

—No, por favor, mamá Helen —se negó—. La última vez que la tomé, el dolor se me agudizó de tal manera, que creí que me moría.

—Es extraño —comentó Armin—. ¿Eres propensa a las jaquecas?

—Nunca —respondió Delia rotundamente—. Es más, creo que aquella aspirina que me dio tu madre hace algunas semanas era la primera que tomaba en mi vida.

—Entonces, no hay dudas —dictaminó el joven—; eres alérgica a los analgésicos. Por lo menos, a cierta clase de analgésicos.

—Es probable —admitió ella—. Bien, creo que ya se me pasa… pero no ha resultado agradable, créanme.

Siguieron comiendo. De pronto, Rogers se dirigió a la muchacha:

—Dime, Delia, ¿has vuelto a oír aquellas voces que decías sonaban en el interior de tu cerebro?

Ella se quedó pensativa durante unos momentos, con los brazos apoyados en la mesa. Luego dijo:

—A veces —contestó—, suelo oírlas, muy distantes, lejanas, como si alguien gritase desde una distancia infinita.

—Es curioso —observó Helen Rogers—. ¿Y te pasa muy a menudo?

—No, mamá Helen. Hay… oleadas, pero la mayor parte de las veces ocurre durante la noche.

—¿Cuando estás durmiendo? —preguntó Rogers.

—No hace falta que duerma para que las oiga. Por la noche, en general, sin determinar hora, aunque también las oigo durante el día.

—Es raro. ¿Por qué no vas a visitar a un neurólogo? Quizás él, por medio de un electroencefalograma, o como fuese, podría curarte.

—Bah, no tiene importancia —dijo Delia—. Ya se me pasará. Yo creo que es una secuela de la explosión que destruyó el laboratorio, que todavía me dura. En ocasiones, es cierto, he pensado en ir a un psiquiatra, pero la verdad es que cada vez me encuentro mejor.

—Oyes voces, pero, ¿no entiendes lo que dicen? —preguntó la señora Rogers.

Delia volvió a quedarse inmóvil.

—No estoy segura —respondió lentamente—, pero la mayor parte de las veces he creído oír una palabra.

—¿Cuál? —inquirió el joven.

—«¡Socorro!»

—¿Socorro?

—Sí…, pero, repito, no tengo una seguridad plena de haber escuchado esa palabra. Bueno, el dolor se me ha pasado ya, ¿por qué no dejamos este tema a un lado? La carne está riquísima, Armin.

—Sí, eso puedo apreciar —sonrió Rogers. Y de nuevo volvió a leer el periódico—. ¡Vaya, mira quién viene al país! —exclamó de pronto.

—¿Algún artista de cine? —dijo su madre.

—Oh, no. Es todo menos artista… aunque también podría considerársele como tal, según se mire. El doctor Wang, una autoridad mundial en física y, cosa rara, también en

neuropsiquiatría.

—¿Wang? Eso suena a oriental, Armin —dijo Delia.

—Como que viene de Pekín, de cuya Universidad es uno de los más brillantes profesores.

—Vaya, chinito, ¿eh? Y… ¿a qué viene al país, si puede saberse?

—Intercambio cultural, mamá.

—¿Conoces tú a Wang? —preguntó Delia, interesada.

—Sí, aunque no profundamente, sino sólo por razones de mi profesión. Hace un par de años, Wang vino a la Robótica Mackenzie para comprar un par de robots. No se los pudimos vender, por existir una prohibición del gobierno en el sentido de exportar nuestros robots a los países de la Federación Asiática.

—No veo qué importancia pueda tener eso —comentó la muchacha—. ¿Es que ellos no construyen robots tan perfeccionados como los nuestros?

—¿Tan perfeccionado como el que ocupaba el puesto del doctor Robles y recibía a curiosos y periodistas en nombre suyo? —respondió Armin—. Recuerda, Delia; era tan perfecto, que nadie notó jamás la sustitución.

Ella se estremeció.

—No me lo recuerdes —dijo—. Yo tenía pesadillas por la noche, cada vez que los veía a los dos juntos…, pero hicisteis una buena labor en la R.M., porque, de lo contrario, en lugar de trabajar, el pobre doctor se habría pasado el tiempo atendiendo a sus visitantes.

—Lo que no entiendo es cómo una máquina puede suplir a una persona y que nadie lo note —dijo Helen Rogers—. Eso es algo que no me cabe en la cabeza.

Armin se echó a reír.

—Mamá, es bien sencillo. Se programan sus conocimientos, se graban en sus almacenes de memoria y…

La buena mujer movió una mano.

—Demasiado complicado para mí —le atajó—. Lo mío es esto, la carne en salsa y otras fruslerías por el estilo. Vamos, muchachos, dejaos de hablar y seguid comiendo, que es lo sano.

Armin y Delia se miraron y rompieron a reír. El futuro les parecía en aquellos momentos más esperanzador que nunca.

* * *

S-2 oyó el timbre de la puerta y se levantó a abrir. Antes de hacerlo, sin embargo, exploró a través de la mirilla.

El recién llegado era un oriental, no cabía la menor duda. Además, S-2 lo conocía por las fotografías publicadas en los periódicos.

Abrió la puerta y movió ligeramente la cabeza.

—¿Puedo serle útil en algo? —preguntó.

—Las rosas del otoño son rojas —declamó suavemente el recién llegado.

—Porque la hierba amarillea —contestó S-2.

—Y los osos inician su sueño invernal.

—En una cueva cálida y abrigada.

El recién llegado sonrió.

—Conoce la contraseña F-17, amigo S-2 —dijo.

—Es reglamentario, doctor Wang —contestó el espía—. Pase, tenga la bondad.

El doctor Wang cruzó el umbral. S-2 cerró y dio dos vueltas de llave.

—El Centro me ha enviado para conocer el reductor dimensional del doctor Robles —manifestó.

—Lo tengo en la habitación inmediata —contestó el espía—. Sígame, doctor, tenga la bondad.

S-2 se dirigió a una librería, cuyos estantes ocupaban toda una pared, desde el suelo hasta el techo. Presionó un botón, situado en un lugar apenas visible, y media estantería giró silenciosamente a un lado.

—Por favor, doctor Wang —invitó.

Wang pasó al otro lado. S-2 le siguió e hizo luego que la estantería volviese a su posición inicial.

Durante unos mementos, Wang estuvo contemplando el aparato que permanecía parado en el centro de la estancia. Dio un par de vueltas en torno al mismo, se inclinó para examinar con atención el cuadro de mandos y luego se volvió hacia S-2.

—Hemos oído hablar mucho en el Centro del reductor dimensional, y sabemos que su funcionamiento es posible, y no sólo posible, sino perfecto, sin un fallo. Pero nos asalta una duda.

—¿Sí, doctor?

—Si ahora iniciamos una operación reductora, hasta límites microscópicos, o los límites que nos convengan, ¿cómo podremos movernos? Quiero decir, ¿desplazarnos a un sitio u otro?

S-2 sonrió benévolamente, con el aire de quien está de vuelta ya de todo.

—Es muy sencillo, doctor. El reductor está dotado de una unidad propulsora antigravitatoria, lo mismo que cualquiera de los millones de gravimóviles que circulan por el mundo. No hay dificultades en eso, doctor; y el mando de la unidad propulsora es independiente por completo del de reducción de dimensiones.

—Ah, una excelente idea —aprobó Wang—. ¿Podría efectuarme una prueba?

—Nada más fácil, doctor —sonrió S-2—. Siéntese en el sillón de la derecha, hágame el favor.

Media hora después, Wang emitió una sonrisa de satisfacción.

—¡Maravilloso! —elogió—. En medio de todo, es preciso reconocer la elevada preparación tecnológica de los occidentales.

—Eso es algo que no se les puede regatear —convino S-2 cortésmente.

—Ah —exclamó Wang—, en el Centro me han encargado entregarle a usted la recompensa merecida por sus trabajos. Pocos hombres habrán hecho por nosotros tanto como usted, amigo mío.

S-2 continuaba sonriendo. De pronto, la sonrisa se le heló en los labios.

El disparo de Wang cortó en seco el grito de terror apenas nacido de su garganta. Wang había usado una pistola desintegradora y contempló fríamente la nubecilla de humo grisáceo que era todo lo que quedaba del espía.

—¿Qué mejor recompensa que convertirse en algo etéreo e impalpable y pasar a residir a las regiones donde las necesidades corporales no existen? —murmuró poéticamente.

CAPÍTULO VIII

Aquel día, Rogers volvió a su casa por un camino distinto. Había salido para hacer unas adquisiciones que le había encargado Delia y pasó por un lugar que le resultaba conocido.

Detuvo el gravimóvil y se apeó junto a la acera. Lentamente, cruzó lo que había sido jardín y ascendió hasta lo alto del pequeño montículo constituido por los restos del laboratorio del doctor Robles.

Algunos hierbajos crecían entre las grietas de los escombros convertidos en materia fundida primero y solidificada después. Rogers estuvo meditando largo rato.

La potencia termógena del explosivo debía de haber sido enorme, se dijo. Por fortuna, no había edificios demasiado cerca, con lo que los daños se habían limitado, salvo los cristales rotos, a la destrucción del laboratorio.

Las ruinas habían quedado tal como si acabara de suceder la catástrofe. Sólo la hierba que crecía en el pequeño jardín que circundaba el petrificado montón de escombros y las malezas denotaban que habían pasado desde entonces más de dos meses.

Golpeó el suelo con un pie.

—El pobre doctor yace debajo de esta pirámide —murmuró—. Y el otro reductor dimensional, también.

Los bomberos y la policía habían desistido de hacer excavaciones. La certeza de la muerte del científico era absoluta.

—Pobre hombre —murmuró—. Al menos, deberían haber tenido la atención de colocar una cruz aquí.

Luego volvió al gravimóvil y reanudó la marcha. Por la tarde, en

un momento de descanso, se encaró con Delia.

—Dime, ¿todavía conservas los documentos de los poderes del doctor Robles? Me refiero a aquellos en que te confería autoridad para administrar el dinero…

—Sí, desde luego. ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber ella, extrañada.

—Hoy he pasado por las ruinas del laboratorio —contestó Rogers—. ¿Era de Robles el solar?

—Sí, claro. Lo compró para poder edificar el laboratorio.

—Entonces, tú estás en condiciones de disponer de los terrenos.

—Por supuesto, mientras no aparezca algún heredero legal de Robles, a quien haría entrega del solar. Pero nunca le oí hablar de familiares cercanos… si hubiese tenido alguno, ya se habrían presentado, ¿no crees?

—Desde luego —admitió Rogers pensativamente.

—Oye, Armin, ¿por qué me haces esas preguntas? —dijo ella, sumamente extrañada—. No te había oído mencionar de nuevo las ruinas del laboratorio…

—Es que, verás, cuando estuve allí, pensé que el pobre Robles yace bajo los escombros petrificados que, a fin de cuentas, son su sepultura. Se me ocurrió que podríamos colocar una cruz en su memoria.

—¿Y si un día hubiese que edificar de nuevo?

—Bueno, costaría un poco, pero sería preciso desescombrar. Entonces, aparecerían los restos del profesor…, lo poco que quedase de él, claro; porque el fuego debió calcinar su cuerpo.

Delia meneó la cabeza tristemente.

—Yo creo que se convirtió literalmente en cenizas —dijo—. Lo poco que quede de su cuerpo, iría a parar a algún descampado, Armin. No, mejor que todo siga como está.

—Algún día, vendrán a comprarte los terrenos. La ciudad crecerá; no podrás negarte a vender —apuntó el joven.

—Entonces, veré lo que hago —respondió ella—. ¿Continuamos?

—Claro. Delia, ¿cuánto crees que nos queda?

—Dos semanas, aproximadamente. Dentro de quince días, podremos hacer las primeras pruebas.

—¿Dará resultado? —preguntó él.

—Estoy segura de que sí —respondió Delia con voz firme, sin el

menor titubeo.

* * *

Cualquiera que hubiera poseído en la vista el poder resolutivo de un microscopio habría podido divisar aquella mota que parecía polvo y que se desplazaba por la atmósfera con notable velocidad.

En realidad, no era una mota de polvo. El doctor Wang tripulaba el reductor dimensional, cuyo tamaño era, en aquellos momentos, de una décima de milímetro.

El espectáculo resultaba fascinante. A un metro del suelo, la altura aparente era de diez mil. Wang podía apreciar con notable claridad cosas que en su estado normal no habría soñado que existieran siquiera.

Una mosca se cruzó con él y le pareció una ballena voladora, contemplada por un boquerón. El aire desplazado por las alas del díptero sacudió fuertemente el reductor.

Delante de Wang se alzaba una colosal masa grisácea, cuyo final resultaba imposible de divisar. Era el palacio presidencial, donde residía el primer mandatario de la Alianza Occidental.

Wang conocía a la perfección las interioridades del palacio. En su tamaño natural, habría tenido notables dificultades para llegar hasta el despacho del Presidente; ahora le resultaría tan sencillo como entrar en su propia casa.

El despacho presidencial se hallaba en una habitación situada en uno de los pisos más altos del edificio. Wang buscó directamente la puerta y pasó junto a un centinela, cuya altura le pareció doble de la del Himalaya.

Se metió en el ascensor que unos altos funcionarios se disponían a utilizar. Los hombres hablaban naturalmente, pero las ondas de su voz sacudían la atmósfera y Wang se vio en grandes apuros para mantener el equilibrio del reductor.

El tormento cesó poco después, cuando el ascensor se paró en el piso del presidente. Los ocupantes salieron y atravesaron diversos controles. Dos de ellos fueron introducidos de inmediato en el despacho presidencial.

Wang pasó con ellos. Desde dos metros del suelo, la cara del presidente le pareció inmensa, como si estuviese viendo la Luna a

sólo trescientos kilómetros de distancia. Al acercarse, percibió más detalles; los pelos de la barba, aun recién afeitada, daban la sensación de ser troncos de sequoia cortados la víspera.

Wang fue a posarse en el rostro del presidente, pero estuvo a punto de ahogarse en una minúscula gota de sudor. Lanzando mil maldiciones, abandonó aquel lugar tan poco hospitalario y descendió por la mejilla hasta situarse directamente sobre la carótida.

Los latidos del corazón provocaban violentos espasmos ondulatorios en la arteria. El reductor subía y bajaba con tal violencia, que Wang creyó que el estómago se le iba a salir por la boca.

Al fin, habituándose a los saltos, pudo manejar los mandos de reducción. El panorama se ensanchó delante de él; los pelos de la barba parecían ahora edificios gigantescos…, pero cuando el reductor, con su tripulante en el interior, alcanzó el tamaño de un glóbulo rojo, Wang dejó de preocuparse por el diámetro de los pelos.

Ante él se divisaba un poro, que parecía un pozo sin fin. Resueltamente, Wang lanzó el reductor hacia adelante. Tras algunos forcejeos, consiguió introducirse en la corriente sanguínea que la carótida conducía directamente al cerebro.

* * *

Con gesto aprensivo, Armin Rogers contempló a Delia, en cuyo rostro aparecía una indudable expresión de sufrimiento.

Acercándose a ella, le puso una mano en el brazo.

—Tienes que consultar a un médico —dijo persuasivamente.

Delia hizo un gesto negativo.

—No, ya se me pasará —contestó—. No te preocupes por mí, Armin; ya sabes que son simples ramalazos…

—¿Te había sucedido alguna vez antes de la explosión?

—Nunca —dijo Delia.

—Es raro —comentó Rogers—. La secuela de la explosión dura ya demasiado, a mi entender.

—Ya se pasará, no te preocupes —contestó la muchacha, esforzándose por sonreír.

Rogers calló. Fijó la vista en el reductor dimensional, que adquiría forma día a día. Ya no faltaban muchos para la prueba, cuatro o cinco, todo lo más.

Estaba ansioso de conocer el funcionamiento del aparato. Teóricamente, habría podido manejarlo y era preciso reconocer que su ayuda había resultado muy valiosa para Delia, pero… «La teoría siempre difiere de la práctica», se dijo.

¿Funcionaría?, se preguntó.

En el caso de Robles había funcionado; y Duttweiler también lo había hecho funcionar, como lo probaban los dos robos cometidos.

¿Y el que había matado a Duttweiler?

Largo rato reflexionó sobre este particular. El dinero había sido hallado intacto, el del segundo robo, porque los cuarenta millones del primer golpe no habían sido hallados jamás.

Por tanto, el móvil de la muerte de Duttweiler no se debía al dinero. Y estaba seguro de que Duttweiler había reducido de tamaño el botín del primer golpe, por lo que los cuarenta millones podían darse por perdidos.

Entonces, si el motivo de la muerte del financiero no había sido el dinero, sólo había otro motivo que justificase la acción del asesino.

—Es muy sencillo —dijo en voz alta, sin darse cuenta de que lo hacía.

—¿Cómo? —preguntó Delia.

—Digo que es muy sencillo, querida —sonrió él—. Duttweiler fue muerto porque poseía algo más valioso que el dinero robado a los bancos.

—¡El reductor! —exclamó ella.

—Justamente. Pero ¿quién lo tiene ahora?

Delia le contemplaba con expresión crítica.

—De modo que ya crees que el reductor está ahora en manos de otra persona.

—Sí, y es más; te diré que no se llevó el aparato para robar, porque, de lo contrario, estaríamos leyendo a diario noticias de desvalijamientos de bancos.

—Eso es cierto —admitió Delia preocupadamente—. Pero si no era para robar, ¿qué otra finalidad se proponía?

—Cuando se comete un asesinato, suele decirse: «Averigua los

motivos y tendrás al asesino» —respondió Rogers sentenciosamente —. Aquí es al revés; sabiendo quién robó el reductor, conoceremos sus propósitos.

—Pero no tenemos la menor noticia de quién pueda ser —suspiró Delia.

—No, no sabemos quién fue y puede que no lo averigüemos nunca —declaró el joven desanimadamente.

Aquella noche, se hizo en Rogers realidad de que la almohada es el mejor consejero. Por la mañana, se levantó sumamente optimista, animado por una idea que guardó para sí, con ánimo de no decir nada, si por casualidad fracasaba.

Pero estaba seguro de que triunfaría. Y dado que su trabajo en el cobertizo era poco menos que nulo, decidió empezar aquella misma mañana.

Mientras les servía el desayuno, Helen Rogers hizo un comentario sobre política internacional.

—Estos orientales nos van a amargar la temporada —dijo—. ¿Qué os parece que les pasa ahora?

—No he leído aún el periódico, mamá —dijo Armin—. ¿Por qué no nos haces un resumen de tus lecturas?

—Oh, es bien breve. Resulta que un tal doctor Wang ha desaparecido y que los asiáticos culpan a los occidentales de haberlo secuestrado. Por lo menos, le han concedido asilo político y… bueno, no os podéis imaginar el alboroto que han organizado.

—Todos los días se pasan científicos de un bando a otro y nadie se inmuta ya por una cosa que es casi de rutina —calificó Rogers.

—Ese Wang, ¿no era el físico y neuropsiquiatra a quien tú conocías, Armin? —preguntó Delia.

—Sí, supongo que será el mismo. Ciertamente, es preciso reconocer que se trataba de un científico de valía, como hay pocos en el mundo. Resulta lógica, hasta cierto punto, la actitud de los asiáticos. Si se confirma su deserción, habrán perdido un valiosísimo elemento.

—Más perderán los australianos —dijo Helen Rogers—. Ahora resulta que el presidente se muestra propicio a ceder sobre un punto en el que hasta la semana pasada era irreductible.

—Bueno, pero ¿para qué querrán Australia los asiáticos? —exclamó Delia.

—Querida, allí viven menos de cien millones de personas y hay sitio de sobra para mil millones. El resto es fácil de imaginar —contestó Rogers.

Delia asintió. Las noticias internacionales eran preocupantes.

—¿Por qué habrá cedido el presidente? —murmuró.

—Tendrá algún demonio maligno metido en el cuerpo —declaró rotundamente la señora Rogers, a la vez que se persignaba devotamente—. De otro modo, no se comprende, digo yo.

CAPÍTULO IX

El doctor Starlake era un antiguo amigo de Rogers, aunque algo mayor que éste. La especialidad en la que Starlake había conseguido merecida fama era la neurocirugía.

El galeno recibió amablemente a su amigo, reprochándole no haberle ido a visitar en mucho tiempo. Rogers se escudó en la socorrida disculpa de la abundancia de trabajo, cosa en la que Starlake no quiso creer.

—Vamos, vamos, ¿a quién vas a engañar? —sonrió el médico—. He hecho algunos trabajitos para la Robótica Mackenzie y sé que el miércoles, a las seis de la tarde, acaba vuestra semana de trabajo. En cuatro días más de cada semana, ¿no te ha quedado una hora libre siquiera para venir a verme?

—Bueno, lo mismo podría decir yo de ti —sonrió Rogers.

—Es verdad, tienes razón —contestó el médico riendo—. Bien, dejémonos de reproches. ¿En qué puedo servirte? No dirás que has venido a verme sólo para que te dé una aspirina.

Rogers se echó a reír de buena gana.

—No se trata de dolores de cabeza, aunque alguno llevo sufrido a cuenta del problema que me preocupa —manifestó—. Tony, ¿recuerdas tú el accidente del laboratorio de Robles?

—¿Aquel chiflado que sostenía haber construido una máquina para reducir los seres de tamaño?

—El mismo, Tony, pero Robles no era ningún chiflado —dijo el joven muy serio—. Construyó la reductora dimensional y funcionaba.

Starlake se quedó con la boca abierta de par en par.

—¿Qué me dices? —exclamó—. ¿Estás en tu sano juicio?

—Tengo la mente en perfectas condiciones —rezongó Rogers, un tanto picado—. ¿Cómo te crees que robaron aquellos dos bancos, hace unos tres meses? ¿Recuerdas esos sucesos?

—Sí, desde luego. Pero no entiendo bien…

—Los ladrones utilizaron el reductor dimensional para entrar y salir en el banco sin ser vistos. ¿Cómo vas a ver, a ojo desnudo, un aparato cuyo tamaño quizás es inferior al de una milésima de milímetro?

—Armin, dime, ¿estoy despierto o soñando?

—Estás despierto y bien despierto, Tony.

—En ese caso, dime, ¿dónde está esa máquina maravillosa? Si es verdad lo que me dices, ¿te imaginas lo fantástico que sería para un médico poder penetrar en el organismo humano y atacar a la enfermedad, cualquier enfermedad, en sus propias raíces? Penetrar en el cerebro, llegar hasta lo más recóndito de las circunvoluciones cerebrales, curar la insania mental…

—Todo eso me lo figuro yo y puede que un día te construya un reductor, pero ahora quiero que me ayudes en algo muchísimo más sencillo. He venido a verte a ti —agregó el joven—, porque me mereces toda la confianza y sé que serás discreto en lo que vas a oír.

Starlake inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Sigue, Armin —invitó escuetamente.

—Bien, la primera consulta es: ¿pueden quedar rastros de Robles en el lugar de la catástrofe? Sin duda, recordarás detalles de la misma, ¿no es así?

—Desde luego —contestó el galeno—. Así que quieres saber si quedan rastros del cuerpo de Robles entre los escombros solidificados.

—Justamente, Tony.

Los dedos de Starlake tabalearon sobre la mesa.

—La explosión determinó una temperatura tal, que los materiales de construcción y los metales se fundieron y formaron una sólida masa. Presumiblemente, el cuerpo de Robles está debajo de esa masa fundida.

—Sí, eso se supone.

—Bien, yo creo que el calor volatilizaría su organismo, aunque

puede que queden algunos rastros. En una incineración no científica, un incendio por ejemplo, por mucho que las llamas consuman el organismo humano, siempre suelen quedar algunos minúsculos residuos, huesecillos pequeños, alguna muela, etcétera. El calor, en aquel accidente, fue intensísimo, pero también duró un tiempo muy breve.

—Lo cual hace suponer que el cuerpo de Robles no fue consumido en su totalidad.

—No lo creo. Es más, yo diría que, bajo los escombros, hay un molde de dicho cuerpo.

—Una especie de burbuja con figura humana.

—Sí. Los escombros fundidos cayeron sobre Robles y lo abrasaron. Después consumieron su organismo, pero, aunque entonces reinaba una temperatura elevadísima en el interior de las ruinas, ya se había iniciado el proceso de enfriamiento. Esto es lo que me hace suponer que hay un hueco bajo los escombros…

—Y ese hueco debe de tener la forma del cuerpo de Robles.

—No con toda exactitud, aunque sí para darse una idea muy aproximada —contestó el galeno.

Rogers se puso en pie.

—Gracias, Tony, era todo cuanto necesitaba saber —dijo.

El médico protestó.

—¡Eh! Pero, ¿no tenías que decirme algo más? Escucha, quiero conocer más detalles sobre el reductor dimensional…

Rogers le miró ya con la mano en el pomo de la puerta.

—Tony, es muy posible que dentro de poco requiera tus servicios. Incluso te permitiré que hagas un viaje por el interior de un cuerpo humano…, pero ahora no puedo perder más tiempo. Lo siento de veras, créeme. ¡Adiós!

El joven se marchó. Starlake volvió a tabalear los dedos sobre la mesa.

—¿Estoy despierto? ¿Habré soñado la entrevista? —se preguntó, lleno de dudas.

De allí, Rogers se dirigió a la oficina municipal de Edificaciones, en donde consiguió le dejaran examinar el plano del edificio que había servido para laboratorio del doctor Robles. Tras el pago del canon correspondiente, el empleado obtuvo una copia de los planos, que el joven se llevó bajo el brazo.

Por el camino, encontró una cabina de teléfonos. Llamó a su casa y anunció que tenía cierto trabajo entre manos, lo cual le hacía imposible saber la hora de regreso. Helen Rogers le riñó un poco, como de costumbre, pero el joven no hizo caso de la reprimenda maternal.

A continuación se dirigió a una empresa de excavaciones, con la cual firmó un contrato para ciertos trabajos, que él dirigiría en persona. El director le aseguró que antes de una hora tendría dispuesta la más moderna de sus máquinas, después de lo cual Rogers continuó su camino.

El itinerario seguido le había apartado de su ruta habitual. De pronto, al pasar por delante de una casa, divisó un pequeño tropel de curiosos que obstaculizaban la circulación.

Había curiosos a pie y en gravimóvil. Desde su vehículo, Rogers distinguió una cara conocida.

Era el teniente Nicobar, antiguo compañero de estudios. Rogers se asomó por la ventanilla y Nicobar le reconoció desde abajo.

Puesto que tenía tiempo, Rogers decidió saludar a su amigo. Éste le facilitó la tarea, permitiendo el descenso del gravimóvil.

Los dos hombres se saludaron efusivamente. Tras intercambiar unas cuantas frases sin trascendencia, Rogers quiso saber si se había cometido algún crimen en la casa.

—Es posible —respondió Nicobar. De pronto, bajó la voz—: Chico, estamos muy preocupados.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven, intrigado.

—Procura ser discreto… pero se trata del asunto Wang. Lo habrás leído en los periódicos, ¿no?

—Sí, desde luego. ¡Menudo alboroto han armado los asiáticos!

—Pues como lleguen a saber la verdad, lo que han dicho serán frases de elogio comparado con lo que dirán.

Rogers miró a su amigo de hito en hito.

—Vamos, Nick, suéltalo de una vez —pidió.

—El Servicio de Información seguía a Wang —explicó Nicobar —. No por sospechar estrictamente de él, sino más bien por protegerle.

—Comprendo… ¿Y…?

—Bien, el chino vino a esta casa. El agente se plantó delante, discreto, por supuesto…, pero Wang no ha vuelto a salir. ¡Y de ello

hace ya cuatro días!

—¿Seguro, Nick?

—Segurísimo —contestó el policía con absoluta firmeza—. No hay duda alguna; Wang entró, pero no salió.

—Bien, continúa. ¿Qué más?

—Pues en vista de que los asiáticos habían denunciado su desaparición, hemos entrado a investigar. Wang no está en la casa ni en el piso de su amigo.

—¿Tenía un amigo?

—Es de suponer. Era el único oriental que vivía aquí, de modo que figúrate lo demás. Ese oriental, por cierto, súbdito de este país, se llamaba Joseph Kwang Lee… y digo que se llamaba así, aunque también es posible que fuese un nombre supuesto.

—¿Qué te hace pensar eso, Nick? —inquirió Rogers.

—Varios detalles reveladores. En primer lugar, no era tan leal occidental como aparentaba. Tenía un aparato de comunicaciones de larga distancia, con el cual, es de suponer, se ponía en contacto con el espionaje asiático.

—Vaya, espionaje y todo, ¿eh?

—Sí, pero todavía hay más. Dentro del piso, hemos encontrado una habitación secreta, casi completamente vacía, pero nuestros expertos han encontrado rastros de un disparo desintegrante.

—Eso significa que a Wang lo convirtieron en humo y que Kwang escapó.

Nicobar suspiró.

—Sí, eso creemos —concordó—. ¡Menudo jaleo se nos espera! A lo mejor, los mismos asiáticos se cargaron a Wang, previendo una posible deserción y luego quieren achacarnos a nosotros la culpa de lo ocurrido. ¿Cómo demostrarles que somos inocentes?

—Deteniendo al asesino, por supuesto.

—¿Y dónde está? Nadie vio salir a Kwang, no se ha hallado el menor rastro suyo, ni tampoco saben de él en la empresa donde trabajaba… ¡Cualquiera diría que se convirtió en un enano, pasó por debajo de la rendija de la puerta y se escapó sin ser visto!

Rogers se quedó mirando a su amigo con aire perplejo. ¿Sabía algo Nicobar del reductor dimensional desaparecido?

No era posible; sólo se trataba de una frase tópica, pensó.

—El tiempo de las fábulas ha pasado, Nick —dijo, sonriendo.

—Pero no el de los quebraderos de cabeza —se quejó el policía —. A todo esto, el presidente, cada vez es más complaciente con los asiáticos. Ni que tuviese detrás uno de esos chinos apuntándole con una pistola o metido dentro de su sesera. Bueno, Armin, dispénsame, pero he de seguir. ¿Cómo está mamá Helen?

—Estupendamente, Nick.

—Un día de éstos, con permiso de los asiáticos, iré a comerme un plato de ese guiso de cordero que ella prepara tan suculentamente. ¡Adiós, Armin!

—Ven cuando quieras, Nick. ¡Hasta la vista!

Rogers volvió al gravimóvil y se elevó una veintena de metros en el aire.

Sin saber por qué, se sentía profundamente preocupado por las palabras de su amigo el policía. Los dos chinos, en su opinión, tenían algo que ver con la muerte de Robles.

Uno de ellos, por supuesto, estaba muerto. Según todos los indicios, era Wang.

Le extrañó que los asiáticos hubieran dejado llegar a Wang tan lejos sólo para darle muerte, por meras sospechas de una posible deserción. En todo caso, se dijo, lo habrían secuestrado para seguir utilizando sus fenomenales conocimientos científicos. Medios no les faltaban para ello, desde luego.

Por tanto, el muerto era Kwang Lee. Pero entonces, ¿dónde estaba el doctor Wang?

Y si vivía, ¿por qué había dado muerte a Kwang Lee?

De pronto, al mirar hacia la derecha, divisó algo que aumentó sus preocupaciones.

Desde allí, aunque disminuido por la distancia, se divisaba el solar donde había estado el laboratorio de Robles. Acometido por una súbita idea se inclinó hacia uno de los compartimientos del gravimóvil y extrajo del mismo unos potentes prismáticos.

El aparato óptico le permitió ver el montón de escombros fundidos con toda claridad.

—Con un telescopio de veinte aumentos, se vería muchísimo mejor.

Luego volvió la vista hacia la casa donde había vivido Kwang Lee. Desde los pisos altos, el laboratorio de Robles se había divisado sin el menor obstáculo, como ahora se veían sus restos calcinados y

fundidos en una masa informe, de color oscuro.

Rogers movió la cabeza varias veces.

—Es un presentimiento… pero creo saber dónde ha ido a parar el reductor dimensional perdido —murmuró, hablando consigo mismo.

Y luego reanudó la marcha, porque la excavadora prometida no podía ya tardar mucho en llegar.

CAPÍTULO X

El doctor Wang consultó la esfera de su reloj de pulsera.

—Es la hora —murmuró.

Miró en torno suyo. La luz interna del reductor despedía una claridad lechosa a su alrededor. Una fibra nerviosa se agitó espasmódicamente a corta distancia, tan larga como un alga gigante.

Wang había introducido ciertas modificaciones en el reductor, que no alteraban su estructura general ni interferían su funcionamiento. Presionó un botón y dos finísimos cables salieron del aparato, yendo a clavarse en sendas células cerebrales.

A corta distancia de él, una diminuta arteria latía regularmente cada vez que un glóbulo rojo pasaba por su interior. Era un vaso capilar de tan poco diámetro, que sólo admitía los glóbulos rojos de uno en uno. La estructura del hematíe era claramente visible a ojo desnudo para el científico.

—Un invento maravilloso —aprobó Wang, con sonrisa complacida. El reductor tenía apenas un tamaño doble que aquella pequeñísima arteria.

Se llevó un micrófono a los labios y empezó a hablar, en un inglés claro y pausado:

—Debes favorecer a la Federación Asiática… Debes favorecer a la Federación Asiática. Accede a sus peticiones… accede a sus peticiones… accede a sus peticiones…

Así llevaba Wang muchos días, en el interior del cerebro del presidente.

Y seguiría hasta que la Federación Asiática hubiese conseguido

plenamente sus objetivos.

* * *

Helen Rogers puso los brazos en jarras y miró a su hijo con expresión de reproche.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo, descastado? —le apostrofó—. ¿Te parece bonito abandonar a dos mujeres durante más de tres días, sin dejar constancia del sitio donde te encontrabas? ¿Crees que está bien permitir que esa pobre chica haga sola el trabajo en el cobertizo?

Armin se pasó la mano por la barba, cubierta por un vello de tres días.

—He tenido un trabajo muy importante, mamá —contestó—. Tan importante o más que el que está realizando Delia en…

—¿Lo crees así, Armin?

Rogers se volvió en el acto. Delia, apoyada en el quicio de la puerta trasera, le miraba con expresión de reproche.

—Lo siento, querida —contestó—, pero he estado haciendo algo muy interesante. Ahora os contaré a las dos, pero antes… Mamá, ¿hay café?

—Claro que hay café, y suerte tienes de ser mi hijo, porque, de otro modo, te pondría arsénico en lugar de azúcar —refunfuñó la buena mujer, dirigiéndose hacia el fogón—. ¿Quieres tú también, Delia?

—Una taza, por favor, mamá Helen —contestó la muchacha. Avanzó hacia Rogers—. Armin, cuéntame, por favor, ¿dónde has estado?

Rogers la tomó por los hombros y la condujo hasta una silla.

—Siéntate, por favor —rogó, muy serio—. Lo que tengo que decirte es importantísimo.

—Me asustas, Armin —se quejó ella.

—Todo lo contrario —contestó él—. No hay motivos para asustarse, sino para alegrarse. Es decir, si se confirman mis suposiciones, que creo se confirmarán.

—Pero bueno, ¿de qué se trata? —exclamó Helen desde el fogón.

—Un momento, mamá, por favor —pidió Rogers—. Delia,

¿todavía sigues oyendo las voces en el interior de tu cerebro?

—Sí, pero no entiendo nada de lo que dicen… y no las oigo continuamente ni tampoco con intervalos periódicos.

—Bien, eso es lo de menos ahora. ¿Sabes dónde he estado estos tres días?

Delia meneó la cabeza.

—Explícalo —pidió.

—Sí, eso, que lo explique —gruñó la madre del joven—. Si no le conociera bien, diría que ha estado por ahí, juergueándose con una pandilla de amigotes…

—¡Mamá, que esto es mucho más serio de lo que crees! —rezongó Armin—. Delia, hemos excavado los escombros del laboratorio.

La muchacha se puso una mano en el pecho.

—¿Habéis encontrado…? —y no se atrevió a completar la frase.

Rogers movió la cabeza lentamente.

—No, no hemos encontrado nada…, salvo la certeza de que el doctor Robles no pereció en la explosión. Las evidencias son irrebatibles, Delia.

Ella exhaló un agudo grito.

—¡Dios mío! ¡El doctor Robles vive! Pero ¿dónde está, Armin?

—Escucha, Delia, procura ser valerosa. Tú misma dijiste en una ocasión que creías haber entendido una palabra. Era «socorro», ¿no es así?

—Sí, desde luego. Estoy plenamente segura, Armin.

—Bien, ésa es la palabra que todo el mundo pronuncia cuando se encuentra en peligro.

—Pero yo no corro ningún riesgo… —alegó Delia.

—Tú, no, pero el doctor Robles, sí.

Delia se puso intensamente pálida.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. Armin, por lo que más quieras, habla claro de una vez.

Rogers señaló la frente de la joven con el dedo índice.

—Sencillamente, el doctor Robles está ahí, detrás de esa frente tan encantadora —contestó.

¡Clink! ¡Clankl ¡Clong! ¡Craash!

La bandeja con el servicio de café cayó al suelo, originando un considerable estrépito. Helen Rogers miró el estropicio y movió la

cabeza resignadamente.

—Hijo, tienes una forma de dar las noticias…—murmuró con melancólico acento.

Delia estaba a punto de desmayarse.

—Pero… ¿cómo puede ser posible una cosa semejante? —balbució—. ¿De qué manera se introdujo el doctor Robles en mi organismo?

—Escucha un momento, Delia. Tú te salvaste milagrosamente, porque momentos antes de la explosión sentiste la necesidad de tomar un poco el aire en el jardín.

—Sí, es cierto.

—¿Saliste por tu propia voluntad… o te impulsó alguien a hacerlo?

Delia se encogió la cabeza con ambas manos.

Olvidada de los desperfectos, Helen Rogers les contemplaba con invencible curiosidad.

—No estoy segura, Armin —contestó Delia al cabo—. No me acuerdo bien, pero salir al jardín cuando tenía trabajo no era algo frecuente en mí.

—Entonces, fue una fuerza extraña a ti la que te hizo abandonar la tarea.

—Sí, yo diría que sí —contestó la muchacha.

—Bien, ya no cabe la menor duda. El doctor Robles adivinó, o presintió, lo que iba a suceder, y quiso escapar a la catástrofe. Naturalmente, no te iba a dejar a ti abandonada —declaró Rogers.

—Es posible —comino Delia—. De este modo, Duttweiler no sospechó nada, puesto que el que salió a recibirle fue el robot con la figura del doctor Robles.

—Justamente. Duttweiler, sin sospechar nada, mató al robot… a tiros, supongo, y luego colocó la bomba de tiempo. Se metió en el reductor, salió después de haber adquirido un tamaño infinitesimal y escapó con toda facilidad.

—Así debió de ocurrir, en efecto.

—Los acontecimientos parecen demostrarlo —dijo Rogers—. Delia, ¿pudo Duttweiler recelar de la existencia de un segundo reductor?

—No estoy segura. Yo creo que el doctor Robles no se lo dijo.

—¿Los tenía ambos en la misma estancia?

—Desde luego, no. Ignoro por qué lo hizo…

Rogers sonrió.

—El doctor sospechaba ya de Duttweiler —afirmó—. Pero esto ya nos lo aclarará cuando lo encontremos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha.

—Bien, Robles está en el interior de tu cuerpo. Debemos entrar y ayudarle a salir.

—¿Eh? —respingó la señora Rogers—. Armin, ¿tú te vas a meter dentro de la cabeza de esa chica tan linda?

—Mamá —respondió el joven—, no queda otro remedio. A Robles ha debido de ocurrirle algo, no cabe la menor duda. Podría admitirse, en buena lógica, que hubiese permanecido algunos días en el interior del cráneo de Delia, temiendo una posible reacción por parte de Duttweiler, pero es que han pasado ya tres meses largos desde que desapareció.

Delia asintió.

—No cabe la menor duda —repitió—. El reductor ha sufrido alguna avería y Robles está atascado en… en…

De pronto, le fallaron las piernas y tuvo que sentarse en una silla. Rogers sonrió, mientras le daba unas cuantas palmaditas en la espalda.

—¡Ánimo! —dijo—. Pronto veremos a Robles de nuevo. No debes temer…

—No, si no tengo miedo —contestó ella—. Lo que me preocupa es: ¿de qué se ha alimentado el doctor durante estos tres meses?

Rogers se quedó parado.

—¡Pues es verdad! —exclamó—. Esto es algo en lo que no habíamos pensado…, pero, puesto que está vivo, resulta indudable que ha encontrado algún medio de alimentarse.

—¡Se habrá convertido en un caníbal! —exclamó mamá Helen.

Delia pegó un salto.

—¡No puede ser! —dijo, casi gritando.

—Tranquilízate —recomendó él—. Robles es lo suficientemente listo para no haber tenido que recurrir a tales extremos. De todas formas, insisto, ya nos lo explicará cuando lo hallemos.

—¿Hallarlo? —dijo Delia, con aire pesimista—. Tendrá el tamaño de un glóbulo rojo… y si cuentas que hay cuatro millones y medio de glóbulos rojos en cada milímetro cúbico de sangre, por

término medio, ¿cómo encontrarlo aunque sea en un espacio tan relativamente reducido como el de mi cerebro?

Rogers se quedó pensativo.

De pronto, chasqueó los dedos.

—Ya tengo la solución —dijo.

—¿Sí? —Delia le miró interesadamente.

—Claro, es bien sencillo. Llevaremos con nosotros un detector de metales, pero antes… Espera un momento; tengo que hacer una llamada.

La señora Rogers suspiró.

—Voy a recoger los restos de la catástrofe —dijo melancólicamente.

Delia sonrió.

—Yo la ayudaré, mamá Helen —se ofreció.

Mientras, Rogers se había dirigido al salón, en donde tenían instalado el visófono. Marcó un número y, a los pocos segundos, estaba contemplando la imagen del doctor Starlake.

—Hola, Tony —saludó el joven—. Tengo que hacerte una proposición muy interesante.

—¿Venderme un robot para sustituir a mi secretaria? —preguntó el médico irónicamente.

—Nada de eso —contestó Rogers—. ¿No recuerdas la conversación que sostuvimos hace días?

—Perfectamente. Me hablaste del doctor Robles y de su reductor dimensional.

—Así es, Tony. ¿Te gustaría hacer una prueba en uno de esos cacharros?

Starlake vaciló unos instantes.

Al fin dijo:

—Si me garantizas que funcionará…

—Yo mismo iré contigo. No lo haría si no estuviese seguro de su funcionamiento.

Starlake asintió.

—De acuerdo —repuso—. ¿Adónde vamos a ir? Rogers sonrió.

—A rescatar al doctor Robles, Tony.

—¿Eh? Armin, ¿tienes fiebre?

—No, en absoluto; me encuentro magníficamente. A propósito, Tony, ¿tú serías capaz de localizar en el interior del cráneo de una

persona una partícula metálica tan diminuta como un glóbulo rojo?

—Bueno, podría intentarse mediante una serie de exploraciones radiográficas y aumentando luego el tamaño de la placa…

—Demasiado trabajoso, Tony. Significaría tanto como recorrer un continente entero desde un avión, provisto solamente de un par de prismáticos corrientes, suponiendo que esa partícula no quedase diluida, gráficamente se entiende, por supuesto, en los granos de la emulsión fotográfica, los cuales, lógicamente, aumentarían también de tamaño.

—¡Espera! —dijo el galeno—. Tengo otro medio…, pero necesitaría que el paciente viniese a mi consultorio.

—Te lo llevaré lo antes que pueda. Ah, Tony, es conveniente que lo sepas ya. Vamos a hacer un viaje por el interior de un cuerpo humano.

—¡Rayos! —exclamó Starlake.

—¿No eras tú el que dijiste que sería magnífico penetrar en un cerebro humano? Bueno, si no fue eso, sí algo parecido.

—Sí, pero… —Starlake tragó saliva—. De acuerdo. Iré, Armin.

—Gracias, Tony —sonrió el joven—. Sabía que accederías.

—Una cosa, Armin —dijo Starlake—. Cuando estemos en la corriente sanguínea tropezaremos con numerosos enemigos, empezando por los leucocitos. Los riesgos van a resultar grandes, te lo advierto de antemano.

—Creo que tengo la solución, Tony —respondió Rogers.

—¿Cuál es?

—Pistolas de agua.

El médico puso una cara de idiota imponente.

—¿Deliras, ingeniero?

—Sólo que, en lugar de agua, esas pistolas irán cargadas con una solución de antibióticos —explicó Rogers.

CAPÍTULO XI

El doctor Starlake recibió a la pareja con cortés efusión.

—Hola, Armin —saludó—. ¿Cómo está, señorita Grundig?

—Encantada, doctor —contestó la muchacha.

—Yo diría más bien encantadora —rió el médico—. Esto me va a costar pronto un regalo de boda.

Delia se puso colorada.

—Entre Armin y yo no existe sino buena amistad —dijo.

—Ya, ya —contestó Starlake socarronamente—. De esas buenas amistades vienen luego las bodas. Conozco los síntomas…, pero, siéntese, señorita. Aquí, por favor.

Starlake condujo a la muchacha hasta una silla, situada junto a lo que parecía un aparato de rayos X. Entre Delia y el aparato había otro, que parecía una pantalla de radar.

—A veces —dijo Starlake—, resulta necesario realizar una exploración muy precisa del cerebro humano. Entonces, introducimos en la corriente sanguínea una minúscula partícula radiactiva, cuyo curso podemos seguir perfectamente. A fin de cuentas, esa partícula es también metálica y la detectamos perfectamente en esta pantalla, lo que nos señala sin lugar a dudas el punto donde ha de efectuarse la intervención.

—Pero la partícula seguirá moviéndose indefinidamente —objetó Rogers.

—Si el cerebro está sano, por supuesto; pero si hay siquiera la sombra de un tumor, su curso se ve alterado y ello se refleja en la pantalla. Naturalmente, cuanto menor es el tamaño del posible tumor, la alteración de rumbo es menor también…, pero lo

suficiente para detectar lo que nos interesa.

—Entiendo —dijo Rogers. Miró a la muchacha—. ¿Dispuesta?

Delia movió la cabeza afirmativamente.

—Dispuesta —corroboró.

Starlake ajustó el cráneo de la joven, sujetándolo con una abrazadera metálica, a fin de evitar movimientos inesperados que obstaculizasen la observación. Luego apagó las luces y manejó una serie de interruptores.

Una luz piloto se encendió en algún punto del cuadro de mandos. Se oía el tenue zumbido del generador de alta tensión, enviando energía eléctrica a los aparatos.

Starlake hizo correr un poco el detector. Luego presionó otro botón y, con ambas manos, empezó a manejar sendas ruedecillas de guía de posición del detector.

El cráneo de Delia quedó justamente frente a la pantalla. Starlake movió otro interruptor. Súbitamente, un diminuto punto brillante apareció en la pantalla.

Era apenas visible, pero el destello que emitía resultaba suficiente para su localización. Starlake estudió la cuadrícula de la pantalla y no tardó en llegar a una conclusión.

—El doctor Robles se encuentra en las inmediaciones del nervio auditivo del lado izquierdo.

—¿Por qué ahí, precisamente? —quiso saber Rogers.

—Es probable que haya buscado una salida o una ubicación próxima a una salida fácil, pero si se atascó, da lo mismo que esté junto al oído que en el centro del cerebro.

—Para nosotros, sin embargo, será más fácil —adujo el joven.

—Eso espero —contestó Starlake. Con una cámara de revelado instantáneo tomó una placa de la pantalla y luego dijo—: Lista, señorita Grundig.

Soltó la abrazadera craneal y Delia se puso en pie.

—Así, pues, ya sabemos dónde se encuentra el doctor Robles.

—En efecto —sonrió Starlake—. ¿Cuándo iniciamos el viaje exploratorio?

—Mañana mismo, sin falta —contestó Delia rotundamente.

—Antes, sin embargo, me gustaría avisar al doctor de que vamos a rescatarlo —manifestó Rogers.

Delia y el médico le contemplaron extrañados.

—¿De qué forma piensas hacerlo? —preguntó ella.

—Muy sencillo —respondió Rogers—. Por código Morse.

Delia abrió la boca. Starlake sacudió la mano.

—Claro, los golpes repercutirán en el cráneo y… ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

—Porque hasta ahora, como quien dice, no supimos que Robles se hallaba en el interior del cráneo de Delia —respondió el joven. Sacó un lápiz de su bolsillo de pecho—. Con esto bastará; no es necesario que los golpes sean demasiado fuertes, sino que será suficiente que perciba sus vibraciones para enterarse de que conocemos su situación. Permítame, Delia.

Se situó junto a la muchacha y separó sus cabellos por la parte de la oreja izquierda. Luego, con el cabo del lápiz, empezó a golpear suavemente detrás del pabellón auricular, sobre el hueso.

El mensaje emitido fue el siguiente:

—Doctor Robles, conocemos su situación y estamos dispuestos a rescatarle. No se mueva de donde está. Si puede, responda cualquier cosa; así sabremos que ha recibido este mensaje.

Luego se separó un instante.

—Delia, procura concentrarte —aconsejó.

Los dos hombres la miraban fijamente, conteniendo la respiración. ¿Habría captado Robles el mensaje?

De pronto, Delia lanzó un agudo grito:

—¡Ha contestado! ¡Nos ha oído!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rogers ansiosamente.

Delia se echó a reír.

—Su respuesta ha sido la que podíamos esperar en un hombre que se encuentra en una situación como la suya.

—Bueno, pero, ¿cuál es esa respuesta? —preguntó Starlake, devorado por la impaciencia.

—«¡Gracias a Dios! ¡Ya era hora!»

* * *

Antes de iniciar la operación, realizaron varias pruebas del reductor, con Delia a los mandos. Primero lo hizo Rogers y después Starlake; convenía que ambos hombres conociesen perfectamente el manejo del reductor, por lo demás, harto sencillo.

Al siguiente mediodía, todo estaba dispuesto. Mamá Helen no quiso asistir al proceso de reducción dimensional.

—Me siento irremediablemente cobarde —dijo.

Y se encerró en su cuarto, para rogar por el feliz éxito de la operación.

Rogers y el médico penetraron en el reductor y cerraron las portezuelas. Ya estaban provistos de los aparatos de enlace con el generador de reducción dimensional, a fin de evitar situaciones peligrosas.

Las escotillas eran de fácil apertura. El aparato estaba provisto de dos cómodos sillones, a los que se había dotado de correas de sujeción. El techo y los costados eran completamente transparentes y la cabina quedaba estancada.

En conjunto, el aparato tenía la forma de una plataforma cuadrada, de unos dos metros de largo por tres de ancho. El grueso era de medio metro hasta debajo de los sillones; a partir de aquí, aumentaba en un metro, con el fin de contener fácilmente los generadores del campo de reducción dimensional y el propulsor antigravitatorio.

El techo tenía cuatro abombamientos cupulares, de tal modo que parecían cuatro paraguas unidos entre sí por una membrana transparente. El conjunto, en fin, poseía una solidez de estructura a toda prueba.

Los mandos eran dobles. En el cuadro de mandos, aparte de las teclas y palancas de control y las esferas de orientación, había otra, de mayor diámetro que las restantes, con una escala graduada en el que las cifras señalaban el tamaño alcanzado, según los movimientos de la aguja indicadora.

—Parece sencillo, pero… —murmuró Starlake, sin poder ocultar un cierto nerviosismo.

—Lo difícil es la construcción —contestó Rogers, abriendo el interruptor de energía.

Una luz verde se encendió en el cuadro de mandos.

Rogers miró a Delia, sentada en una silla, frente al aparato.

Delia estaba muy pálida, pero se veía animosa y resuelta. Rogers empujó suavemente una palanca y la muchacha empezó a aumentar de volumen.

La boca del médico se abrió de par en par.

—Ra… rayos… —tartamudeó.

El aparato quedó reducido a una cuarta parte. Entonces, Rogers lo hizo separarse del suelo y quedar suspendido a la altura de la cabeza de Delia.

—Parece una escultura gigante —comentó Starlake.

—Aguarda y verás —sonrió el joven.

El proceso de reducción era relativamente lento, aunque continuo. Un minuto después, el aparato resultaba invisible.

Muy despacio, Rogers acercó el reductor a la cabeza de Delia. Los cabellos semejaban cuerdas tan gruesas como casas.

—Cuando hayamos terminado la operación, me construiréis uno —dijo el médico—. Empeñaré hasta el último bisturí, pero tendré un reductor.

Rogers seguía sonriendo. Ahora, el tamaño del reductor era de una décima de milímetro.

—¿Por dónde entraremos? —quiso saber Starlake.

—Yo creo que por la epidermis. Perforaremos un poro y…

Un minuto más tarde, se zambullían en un pozo que no parecía tener fin. De pronto, vieron ante sí una pared semitransparente, que se agitaba con rítmicas ondulaciones.

—Es una arteria epidérmica —dijo Starlake—. Necesitamos perforar más.

—Llegaremos al hueso. ¿Cómo lo atravesaremos? —preguntó Rogers.

—Oh, el temporal es lo suficientemente esponjoso para permitirnos pasar, siempre que nuestro tamaño sea el preciso.

De pronto, llegaron a un lugar que parecía un gigantesco muro, lleno de impactos de cañón.

—El hueso temporal —anunció Starlake.

Rogers consultó el indicador de tamaño.

—Estamos a la milésima de milímetro —dijo.

—¿Podemos reducirnos más? —preguntó el médico.

—Alcanzaremos la diezmilésima de milímetro —dijo Rogers—. Será suficiente.

El tamaño de las oquedades óseas se hizo diez veces mayor. Delante de ellos se veía un túnel de las dimensiones de un lago.

—Adentro —indicó Starlake.

Rogers puso en marcha el propulsor. De pronto, notaron un

terrible estruendo, a la vez que el hueco, mil veces más grande que ellos, parecía sacudido por un violentísimo terremoto.

—¿Qué pasa? —gritó el joven, aferrado a los mandos.

De no haber estado sujetos por los atalajes, habrían salido proyectados fuera de los asientos.

El ruido y la agitación se repitieron dos veces más. Rogers sintió que su estómago bailaba una frenética danza.

—Tony, ¿qué diablos ocurre?

—Algo tan sencillo como unos simples estornudos —rezongó el galeno—. Mira que ir a…

El hueco se hizo completamente oscuro y Roger encendió los reflectores de que iba provisto el aparato para un caso semejante.

De pronto, se encontraron ante lo que parecía una bifurcación. El diámetro de la oquedad se redujo un tanto.

—¿Por dónde, Tony? —preguntó Rogers.

Starlake señaló hacia su izquierda.

—Por ahí —contestó.

Algo sacudió de repente al reductor.

—¿Y ahora? —dijo el joven.

—Muchacho, dentro de estos huecos hay aire, el cual recibe las influencias térmicas del medio ambiente —explicó el galeno—. Naturalmente, ello implica un cierto movimiento de esas capas atmosféricas, que se refleja en nuestra marcha.

—Entiendo —contestó Rogers—. Oye, convendría que conectaras el detector de metales.

—De acuerdo.

Era un detector simple, usado ya desde hacía más de cien años. Starlake se caló los auriculares y movió la ruedecilla de dirección en varios sentidos.

—Creo… creo que capto un eco… —dijo a poco.

—¿Hacia dónde, Tony? —preguntó Rogers ansiosamente.

—Sigue, recto… Un poco a la derecha… Así, muy bien; ahora los ecos son claros y definidos… ¡Mira, ya hemos atravesado el hueso!

Algo que parecía una enorme cortina de fibras grisáceas apareció de pronto ante los ojos de los dos expedicionarios. Un largo cable flexible cruzaba oblicuamente los cortinajes, agitándose con ritmo regular.

—Tenemos las meninges a la vista —anunció el galeno—. Y ese cable que ves es una arteria.

—¿Hemos de seguirla? —preguntó Rogers.

—No. Deriva un par de grados a la izquierda… Los ecos se hacen más acentuados en esa dirección. Creo que Robles está ya a menos de cien metros…

Starlake se echó a reír.

—Bueno, es un término comparativo —añadió—. La realidad es que debe de estar a menos de dos milímetros.

CAPÍTULO XII

El reductor atravesó fácilmente las cortinas meníngeas. De pronto, Starlake tendió una mano.

—¡Allí, allí lo veo!

Rogers miró en aquella dirección. Delante de ellos, a unos cincuenta pasos de distancia, comparativamente con su tamaño actual, se divisaba el reductor del doctor Robles, parado junto a una gruesa columna de color ambarino muy claro, casi completamente transparente.

Regulares estremecimientos sacudían la columna, en cuyo interior podían divisarse unas extrañas formaciones esferoidales que aparecían y desaparecían con rapidez.

—Es una pequeña arteria —dijo Starlake.

Robles estaba fuera del aparato, inclinado hacia adelante, como si manipulase en un trozo de tejido que servía de suelo. El científico no se había dado cuenta de la presencia de los recién llegados.

—Acerquémonos —propuso el médico.

Rogers manipuló los controles del reductor, haciéndole ganar un buen trozo de espacio. De pronto, vio algo que parecía un trozo de tela rosada, provista de largos filamentos movedizos, descendía con insidiosa suavidad hacia Robles.

—¡Tony! ¿Qué es eso? —gritó.

Starlake levantó la cabeza. Inmediatamente, una exclamación de horror se escapó de sus labios.

—Es un conglomerado de anticuerpos —dijo—. Si no nos damos prisa, Robles puede morir.

—El cerebro quiere rechazar ese cuerpo extraño que es Robles y

su reductor, ¿no?

—Así es, pero… date prisa o no llegaremos a tiempo.

—Conecta los enlaces individuales. Tenemos que abrir las escotillas —ordenó Rogers.

Parecía mentira, se dijo, que pudiese haber tanto espacio libre entre las capas de los distintos tejidos del cerebro. Algunos trozos de los mismos semejaban gigantescas columnas que sostenían la bóveda de una fantástica catedral.

Aquella masa de anticuerpos se hallaba ya a pocos pasos del doctor quien, abstraído en su labor, no se había dado cuenta del peligro que corría. Rogers detuvo de pronto el aparato y abrió la escotilla de su lado.

—Las pistolas, pronto —exclamó.

Starlake saltó por su lado. La manta de color rosado agitó espectacularmente sus largos filamentos.

Los dos hombres levantaron a la vez sus manos armadas con las pistolas de agua. Sendos chorros de una solución antibiótica, finamente pulverizada, cayeron sobre los anticuerpos.

Los filamentos se retrajeron primero y luego se desprendieron, cayendo como ramas de un árbol cortadas por el hacha. El resto de la estructura se encogió y luego se fragmentó en un gran número de trozos cristalinos, rígidos, sin movimiento de ninguna clase.

Robles se percató entonces de que no estaba solo. Volvió la cabeza y miró asombrado y complacido a los dos hombres.

—Vaya —dijo—, al fin han llegado.

—En efecto, doctor Robles —sonrió el joven—. Soy Armin Rogers, ingeniero. Mi acompañante es el doctor Starlake, neuropsiquiatra.

Robles hizo un gesto de asentimiento.

—Están armados, veo —dijo.

—Pistolas cargadas con simple penicilina —contestó Rogers—. Una agrupación de anticuerpos se disponía a caer sobre usted…

—Ah, no tiene importancia —manifestó Robles tranquilamente —. Ya estoy acostumbrado.

—¿Cómo? ¿No les tiene miedo? —se asombró Starlake.

Robles sonrió.

—Me han caído encima infinidad de veces —dijo—. Pero cuando reciben una descarga eléctrica, se largan más que aprisa. Sólo pasé

un poco de miedo la primera vez; después…

Frunció el ceño.

—Ese reductor que les ha traído hasta aquí ¿es tal vez el de un tal Duttweiler? —preguntó.

—No, doctor. Duttweiler murió y aquel aparato ha desaparecido —respondió el joven—. Ya le explicaremos más adelante, pero… ¿qué le pasó a usted? ¿Por qué se quedó atascado sin poder salir?

Robles soltó una maldición.

—Debo de ser un sabio distraído… más distraído que lo normal —repuso—. Uno de los componentes del grupo reductor es una serie de baterías que proporcionan energía eléctrica para el funcionamiento del aparato. Para mayor seguridad, había planeado otra serie análoga de baterías, pero olvidé colocarla.

—El cerebro de una persona humana produce electricidad, doctor —le recordó Starlake.

—Sí, pero ¿dónde está el transformador de voltaje? Parte del revestimiento aislante de una de las baterías se quemó, se produjo un falso contacto… y cuando me di cuenta, se me había agotado la corriente.

—Vaya —resopló el joven—. Así, pues, no pudo volver afuera.

—La energía disponible era insuficiente. Conseguí restablecer el trozo aislado, pero, repito, carecía del transformador y no pude recargar las baterías.

—Bueno, ése es un problema ya solucionado —dijo Rogers—. Hemos traído con nosotros un reductor y podrá regresar y recobrar su tamaño normal.

—Ganas tengo de ello —suspiró el científico—. ¿Cómo está mi linda secretaria?

—Deseando volver a verle —sonrió Rogers—. Se llevó un susto enorme cuando adiviné que usted estaba dentro de su cerebro.

Robles le miró de hito en hito.

—¿Cómo llegó a tal conclusión? —inquirió.

—Sencillamente, por las voces que ella decía oír… y excavando en los escombros de su laboratorio. Teníamos que haber encontrado rastros de usted, pero no los hallamos y el doctor Starlake, amablemente, se brindó a ayudarnos.

—Debo expresarles mi agradecimiento, caballeros —manifestó Robles—. Así que aquel villano de Duttweiler murió.

Rogers le explicó lo sucedido. El científico movió la cabeza repetidas veces mientras hablaba Armin.

Al terminar éste, dijo:

—Delia tenía razón; Duttweiler no era de fiar. Cuando se acercaba el plazo en que debía entregarle mi aparato, dispuse todo para que mi robot le recibiese. Yo sospechaba algo, pero ni remotamente que colocaría una bomba…

—Pudo haberla desarmado —sugirió Starlake.

—Hijo, yo de explosivos no entiendo nada en absoluto —explicó Robles—. Sí, vi que «mataba» a mi robot y luego le vi poner en marcha la espoleta de tiempo de la bomba. Entonces, me introduje en el segundo reductor y, una vez hube alcanzado el tamaño deseado, corrí al cuarto donde estaba Delia. No sabía el tiempo que tardaría la bomba en hacer explosión, de modo que ni siquiera tuve tiempo de avisarla. Bastante hice con sugerirle la idea de que saliera al jardín.

—Lo cual salvó la vida a los dos —dijo Rogers.

—Lo que no entiendo es cómo se comunicaba con Delia —manifestó el médico—. Si carece de energía eléctrica…

Robles sonrió.

—Estamos muy cerca del tímpano —dijo—. Con unos cables y unas placas de metal, los sonidos se producen por simple vibración.

—Tal vez eso explique los dolores de cabeza que sentía la pobre chica —apuntó Starlake.

Robles torció el gesto.

—Por fortuna, no volvió a tomar aspirinas. Estuve a punto de morir ahogado por un alud de cristales de ácido acetilsalicílico.

Rogers se echó a reír.

—Ella pareció presentirlo, porque no tomó más que una sola vez —dijo.

—Una pregunta, doctor Robles —terció Starlake—. Lo que no entiendo es cómo ha hecho para sobrevivir tanto tiempo. Hay que tener en cuenta que lleva aquí más de tres meses…

Robles sonrió ladinamente.

—Al principio, yo también pasé bastantes apuros —contestó—; pero no tardé en solucionar ese problema. Vengan por aquí, se lo ruego.

Los dos hombres siguieron a Robles, hasta hallarse junto a una

enorme columna transparente, que se encogía y dilataba rítmicamente.

—Ésta es una arteria, cuyo diámetro es de milésimas de milímetro —explicó—. Vean ahora.

Los glóbulos rojos se veían desfilar lentamente, alternados espaciadamente con los leucocitos. Robles esperó un momento hasta que, de súbito, alargó el brazo, atravesó la pared arterial y atrapó algo con la mano derecha, que sacó fuera de la corriente sanguínea.

Rogers y Starlake contemplaron el objeto llenos de asombro. Era como un bastón blando que, sin embargo, pronto se endureció una vez fuera de la sangre.

El científico rompió el bastón en varios trozos y entregó uno a cada uno de sus compañeros.

—Coman sin miedo —dijo—. Proteínas puras. No es que sepan muy bien, pero alimentan, que es lo importante.

Rogers miró a su amigo. Starlake, venciendo la repugnancia que sentía, dio un bocado al trozo de bastón.

Después de masticarlo críticamente, dijo:

—Bueno, cuando hay hambre, cualquier cosa comestible no venenosa y digerible, es buena para el estómago.

—Eso pensé yo —dijo Robles plácidamente.

—¿Y la cuestión del agua potable? preguntó Rogers.

—Hijo, olvidas que la composición principal de la sangre es agua. Un poco salada, es verdad, pero también a mi organismo le convenían las sales. Además, en mi tamaño, la mayor parte de los granos de sal se ven perfectamente y resulta fácil separarlos.

—En resumen, que ha sido usted como un Robinsón del cerebro —sonrió el joven.

—Ni más ni menos —contestó Robles.

—Un momento —exclamó Starlake—. Antes dijo que se quedó sin energía. ¿Cómo pues, rechazaba a los anticuerpos por medio de corrientes eléctricas?

—Bien, había hecho un par de empalmes a sendas neuronas y la corriente eléctrica así producida se descargaba a través de los cables, que siempre estaban al alcance de mi mano. Un anticuerpo puede pasar junto a una neurona impunemente, pero cuando se le toca con un cable electrificado escapa rápidamente. Y lo que sobraban eran cables en mi reductor.

Dirigió una mirada melancólica al aparato.

—Ahora se tendrá que quedar aquí —añadió.

—Bueno, el nuestro tiene el segundo grupo de baterías de repuesto —observó Rogers—. Podemos colocárselas al suyo y así salir al exterior.

—Una buena idea, cierto —dijo Robles con los ojos brillantes—. Así como así me disgustaba la idea de abandonar este cacharro dentro de mi querida Delia.

—Es muy pequeño, pero cabe la posibilidad de que, con el tiempo, cause perturbaciones en el cerebro de Delia —apuntó Starlake.

—Bien, no se hable más —concluyó Rogers—. A trabajar, que el tiempo es precioso y no podemos derrocharlo.

—Ingeniero, Duttweiler se llevó mi reductor —manifestó Robles —. ¿No tienen alguna idea de dónde puede estar?

Rogers se acarició la mandíbula con la mano.

—Tengo una sospecha… pero mientras no la confirme, no podré asegurar nada rotundamente —contestó.

* * *

Con ojos dilatados por el asombro y la alegría, Delia vio crecer los dos reductores, hasta que ambos hubieron adquirido su tamaño normal.

Robles salió del aparato. Abrazó a Delia fuertemente. La muchacha no podía hablar, a causa de la emoción.

Delia tendió una mano al joven.

—Gracias, Armin. Y a usted también, doctor Starlake.

El médico sonrió.

—No me dé las gracias —contestó—. Al contrario, yo soy quien debo dárselas por la experiencia más fascinante de mi vida.

—Doctor —manifestó Robles sinceramente—, cuente usted con uno de estos aparatos para sus investigaciones.

—Es la única recompensa que deseo —dijo Starlake, con acento de hondo agradecimiento.

La señora Rogers asomó en aquel momento.

—Dio resultado —dijo escuetamente.

—Así es, mamá Rogers —contestó Delia, radiante de felicidad.

—Entonces, no se hable más. Voy a preparar la comida —exclamó la buena señora.

—¡Un momento! —dijo Robles—. ¿Cuál es el menú?

Helen Rogers arqueó las cejas.

—Pues… habrá ensalada…

—¡Ensalada! —repitió Robles, como en éxtasis.

—Tengo una pierna de cordero, con puré de patata…

—Cordero… patatas… ¿Qué más, qué más?

Delia tomó el brazo del científico y lo empujó suavemente hacia la salida del cobertizo.

—Doctor, no haga más preguntas. Mamá Helen le enseñará el camino del frigorífico —dijo, riendo alegremente.

—Es la mejor cosa que he oído en muchos días —confesó Robles, en el momento de cruzar la puerta.

Minutos más tarde, se hallaban todos reunidos en el comedor. Las dos mujeres se ocupaban de preparar todo lo necesario para la comida.

El periódico del día estaba sobre una mesita auxiliar. Rogers lo desplegó y leyó los titulares.

—¡Hum! El presidente está cediendo a todas las peticiones de la Federación Asiática, según veo.

—No sé por qué ha de ceder —masculló Starlake—. Esas peticiones son absolutamente irrazonables y fuera de lugar.

—Me admiran ustedes —intervino Robles—. Acaban de regresar de un viaje maravilloso y todo lo que se les ocurre es hacer comentarios acerca de esa cosa tan estúpida que es la política.

—Doctor —dijo Rogers solemnemente—, en este caso, yo por lo menos, tengo motivos para preocuparme.

Robles y Starlake miraron al joven inquisitivamente. Rogers movió la cabeza y añadió:

—En efecto, tengo motivos para preocuparme, puesto que conozco, o creo conocer, el paradero de su otro reductor dimensional, doctor Robles.

—¿Dónde está? —exclamó el científico ansiosamente.

—O mucho me equivoco o dentro del cerebro del presidente hay alguien, con un reductor, que le está dictando las normas de conducta que debe seguir en sus tratos con la Federación Asiática.

CAPÍTULO XIII

Al día siguiente, Starlake llamó a Rogers.

—He hablado con el doctor Nuggent, médico presidencial —manifestó—. Escucha, Armin, lo que voy a decirte es absolutamente confidencial. Sólo unas pocas personas están en el secreto, ¿comprendes?

—Sí, Tony. Adelante, sigue.

—Los síntomas son los mismos que para el caso Delia Grundig. Fuertes dolores de cabeza, que se reactivan, paradójicamente, con la ingestión de analgésicos, voces que suenan en el interior de su cerebro… El doctor Nuggent ha llegado a decirme que, de no ser por la gravedad de la situación intercontinental, ya se habría llegado a la suspensión del presidente en sus funciones.

—¡Diablos! ¡Eso es muy gordo, Tony!

—Más de lo que tú te crees —contestó el galeno—. Si el presidente cede ahora, en la cuestión australiana, ¿quién sabe hasta dónde podrán alcanzar en lo sucesivo las exigencias asiáticas?

—Pedirán la Antártida… y hasta el sistema planetario, si se les antoja —rezongó el joven—. ¿Has hablado a Nuggent de la posible causa de la enfermedad del presidente?

—Sí, pero no ha querido creerme. Me ha tachado de loco…

Delia estaba junto a Rogers en aquellos momentos.

—Muchas personas no creen hasta que no ven —terció—. Doctor Starlake, ¿cree usted poder convencer al médico del presidente para que vea una demostración del reductor dimensional?

—No me comprometo a nada, pero lo intentaré —respondió Starlake—. A fin de cuentas, y aunque ello signifique inmodestia,

Nuggent conoce mi prestigio y sabe que no me embarcaría en una superchería.

—Está bien —dijo Rogers—. Llámanos así tengas una respuesta, Tony.

—De acuerdo, Armin —se despidió el médico.

Al cortarse la comunicación, Rogers y Delia se miraron mutuamente.

—Ya no cabe la menor duda —dijo ella—. Alguien, un espía oriental, se introdujo dentro del cerebro del presidente y le ha tomado por su portavoz.

—Desde luego, pero, ¿cómo lo hace? Recordemos las dificultades que el doctor Robles encontró para hacer conocer su presencia dentro de tu cerebro…

—Sí, pero el doctor no iba preparado para una contingencia semejante —alegó la muchacha—. Él contaba con salir unos cuantos días y sólo cuando se le averió la máquina, empezó a… pegar gritos de socorro. Pero Wang, si es él quien está en el cerebro presidencial, habrá dispuesto todo para darle las órdenes más convenientes para la Federación Asiática.

—Lo cual presupone la existencia de una conspiración desde hace mucho tiempo.

—Seguramente, desde que se hicieron públicas las primeras experiencias del doctor Robles. Entonces, los asiáticos empezaron ya a prepararlo todo para cuando llegase el momento preciso.

—Y eso sucedió cuando Duttweiler robó el reductor. Alguien cometió la matanza, se llevó el aparato, enseñó a Wang su manejo y… Bien, confiemos en que Tony pueda convencer a Nuggent.

El doctor Nuggent tardó dos días en aparecer por el cobertizo, acompañado de Starlake. Nuggent era un tipo seco y estirado, con aire de saber una infinidad de cosas, creerse superior a los demás y estar de vuelta de todo.

—Ya se te bajarán los humos —le dijo Rogers mentalmente, cuando cruzaban la entrada del cobertizo.

Dos horas después, Rogers y Starlake tenían que llevar en brazos al médico presidencial hasta el salón de la casa. El doctor Nuggent estaba trastornado a causa del feroz ataque sufrido por la acometida de una docena de infusorios hambrientos, de los que flotaban en una gota de agua y a los cuales sólo se había podido eliminar

mediante unas cuantas descargas de penicilina.

Mamá Helen le dio una taza de café con coñac y Nuggent empezó a recobrarse.

Mirando con ojos turbios a los presentes, dijo:

—Caballeros, les pido perdón por mi escepticismo. Ahora es cuando estoy plenamente convencido de la existencia de un espía asiático en el interior del cerebro de nuestro presidente.

—Celebro que sepa ver claro —dijo Rogers—. Ahora, lo que interesa es hablar al presidente y convencerle de la necesidad de esa operación.

—Será preciso actuar con sumo cuidado —aconsejó Delia—. El espía estará seguramente preparado para un posible contraataque.

—Llevaremos armas… —dijo Starlake.

—¿Qué clase de armas? Pistolas y fusiles corrientes, no, desde luego —manifestó Rogers—. Ni tampoco las desintegrantes o las eléctricas…

—Armas blancas —dijo Delia.

—¿Cuchillos?

—No. Pistolas con muelle, capaces de lanzar un dardo mortal. Las pistolas con aire comprimido, no servirían, a causa de la violenta dilatación de…

—Mejor que hablar de un eventual combate, ¿no sería que empezásemos a estudiar el modo de hablar con el presidente? —sugirió Starlake.

Rogers miró al doctor Nuggent. El médico presidencial, algo más calmado, dijo:

—Podemos seguir el mismo procedimiento que con la señorita Grundig. Es decir, primero localizar al espía; después, dos de nosotros entrarán en el cerebro del presidente y tratarán de aprehender al espía.

—En tal caso, doctor Nuggent —dijo Rogers—, usted será el encargado de hacer que el presidente se someta a un reconocimiento médico. Dígale que… bueno, que quiere curar sus neuralgias… en fin, usted encontrará el pretexto plausible para conseguirlo.

Nuggent se puso en pie vivazmente.

—Déjenlo de mi cuenta —dijo—. Estoy seguro de que, dentro de cuarenta y ocho horas, habremos localizado al doctor Wang.

El médico presidencial cumplió su palabra.

Antes de finalizar el plazo señalado, una poderosa escolta policial condujo al presidente hasta la clínica del doctor Starlake.

Nuggent acompañaba al ilustre paciente, como médico de cabecera. Rogers y Delia también estaban presentes.

Starlake situó al presidente en el sillón, entre el aparato de rayos X y el detector de señales. Los secretarios de Defensa, de Asuntos Exteriores y los ayudantes presidenciales se hallaban igualmente en la habitación.

Unos minutos después, todos los espectadores pudieron ver en la pantalla el diminuto puntito luminoso que indicaba la situación exacta del espía.

—Bien —dijo Starlake—, ahora sólo falta entrar ahí y sacarlo literalmente a patadas.

Entonces, el presidente abrió la boca. Habló y parecía que su voz saliera de una profundísima caverna.

—Habla el doctor Wang —sonó la voz—. Les oigo perfectamente todo lo que están hablando. Han descubierto mi presencia en el interior del cráneo del presidente y quieren expulsarme de aquí.

Todos los presentes se quedaron estupefactos al escuchar aquellas palabras. Aunque de tonos cavernosos, la voz pertenecía sin duda al presidente.

—Quiero que oigan una cosa —continuó el doctor Wang, tras una corta pausa—. No intenten desalojarme de aquí, no empleen ningún medio para hacerme abandonar mi posición.

«Estoy dispuesto a perder mi vida en bien de la Federación. En el momento en que advierta que emplean algo para sacarme de aquí, bien sean drogas, bien medios mecánicos o quirúrgicos, abandonaré la protección del reductor y de su campo de fuerza, y recobraré mi tamaño normal en fracciones de segundo.

«Alguno de los que hay aquí debe conocer la forma en que murió Jackson R. Duttweiler. Si la explosión de mi organismo se produce estando yo en el interior del cráneo del presidente, ¿qué suerte correrá éste?

La consternación se apoderó de todos los presentes. Rogers crispó los puños, sintiéndose invadido por una rabia impotente.

—No les haré más advertencias, salvo la última —dijo Wang—. Tampoco volveré a dirigirles la palabra. Seguiré aquí, hasta el

momento de la entrevista de los presidentes continentales. Después, pueden hacer de mí lo que quieran… si consiguen algo.

»La última advertencia —concluyó el asiático—. es: Tampoco deben intentar declarar la incapacidad mental del presidente. Eso es todo.

Un gran silencio se expandió por la estancia. Starlake fue el primero en reaccionar y cerró rápidamente los interruptores, dando la luz a continuación.

—¿Y bien, caballeros? —dijo el presidente, irguiéndose en su asiento, tras haber sido liberado de la abrazadera craneal—. ¿Han encontrado por fin la causa de mis dolencias?

Ninguno se atrevió a contestarle. El presidente no parecía haberse percatado de que había servido de intermediario para una amenaza que presentía una próxima alteración del equilibrio mundial.

* * *

El doctor Starlake pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa y dijo:

—¡Pues yo opino que una droga narcótica serviría para el caso!

Robles meneó la cabeza.

—No. Wang la vería antes y se haría estallar a sí mismo.

—¿Que la vería? —exclamó Delia, asombrada.

—¡Claro! ¿No vi yo los cristales de ácido acetilsalicílico? En el tamaño que tenía entonces, cada cristal me parecía un grueso garrote. Lo mismo ocurriría con la solución de la droga, cualquiera que se usara.

Starlake hizo chasquear sus dedos.

—¡Ya está! —dijo—. Podemos provocar una fiebre artificial, bien controlada, por supuesto.

—¿Una fiebre artificial? —repitió Rogers.

—Sí. ¿No recuerdas el calor que reinaba en el interior del cerebro de Delia? Tan sólo con que la temperatura del presidente subiera a cuarenta y un grados, Wang se achicharraría…

—Y abandonaría el campo de fuerza y estallaría —dijo Delia—. La subida de calor no sería tan instantánea, como para impedirle actuar, aparte de que no tenemos la seguridad de cuáles son los efectos que provocaría en el reductor.

—¿Y una infección séptica, pero fácilmente controlable? —sugirió Nuggent, el médico presidencial—. Una dosis de gérmenes nocivos, seguida de otra de antibióticos… Tal vez uno de esos gérmenes acabase con Wang.

Rogers meneó la cabeza.

—Esa solución, como las otras propuestas, son inviables. Wang adivinaría la treta en seguida y, fanático como es, cumpliría su palabra. No, tenemos que buscar otro medio de inutilizarle, pero… ¿cuál?

—Una emisión de ondas que causaran interferencias en los mecanismos del reductor —apuntó Starlake.

—Pero no harían mella en el organismo de Wang —dijo Robles—. Vería que su reductor cesaba de funcionar y comprendería que se trataba de una causa provocada externamente.

Otras soluciones más se propusieron, sin que ninguna de ellas les pareciera aceptable.

Nuggent acabó por levantarse y, furioso, dijo:

—En suma, que no podemos hacer nada. Sencillamente, Wang nos tiene agarrados por el pescuezo.

—Presidencial —añadió Robles con sorna, mientras Nuggent desaparecía de la sala.

Starlake se marchó también a poco. Robles, Armin y Delia quedaron solos en la estancia.

La señora Rogers asomó la cabeza con grandes precauciones.

—¿Puedo anunciar que la cena está en la mesa? —dijo.

Robles se puso en pie.

—Ya era hora de que oyese algo estimulante. ¿Vienen, muchachos?

Rogers y Delia se quedaron a solas. Ella miró al joven con aire suplicante.

—Armin, ¿es que no vamos a encontrar una solución para este problema? ¿Habremos de permitir, impotentes, que los asiáticos consigan lo que se han propuesto?

Rogers demoró la respuesta unos segundos.

—No sé —dijo al cabo—. Hace algún tiempo, se me planteó un difícil problema. Cansado de buscar una solución, me fui a dormir y…

—¿Vas a aconsejarme que consultemos con la almohada? —

preguntó Delia.

—Sí, justamente eso, querida —respondió él. Se puso en pie y la tomó por la mano—. Delia, mamá Helen puede perdonar muchas incorrecciones, pero no que dejemos enfriar la sopa. Se pone como una fiera.

Delia sonrió de mala gana.

—No sé cómo tienes humor para bromear en estos momentos —se quejó.

—Lo hago, precisamente, para no ponerme a gritar de rabia —contestó el joven, empujándola suavemente hacia el comedor.

Pasada la medianoche, Rogers despertó súbitamente y pegó un alarido estremecedor, que hizo retumbar los cristales de la casa.

Mamá Helen, Delia y el profesor, que momentáneamente se alojaba allí, abrieron las puertas de sus respectivas habitaciones y, en bata los tres, se miraron mutuamente.

—He oído un grito —dijo Delia.

—Ha sido Armin —declaró la señora Rogers.

—Habrá tenido una pesadilla —apuntó Robles.

Armin apareció en aquel momento, sujetándose el cinturón de la bata.

Por la expresión de su rostro, Delia adivinó en el acto que Rogers había dado con la solución.

—He resuelto el problema —dijo el joven—. Es decir, creo haberlo resuelto… y sólo espero que el doctor Robles confirme mi idea, para ponerla en práctica.

—Si tiene la bondad de exponerla, muchacho… —invitó el científico cortésmente.

—Con mucho gusto, doctor. Escuche… óiganme todos…

* * *

La charanga militar alborotaba estruendosamente. Se oían gritos y aclamaciones por todas partes. Escoltado por sus «gorilas», el presidente avanzó, estrechando manos a diestro y siniestro.

Un locutor, a través de una rugiente red de megáfonos, decía:

—… y en estos momentos, señoras y señores, el presidente llega para inaugurar la Novena Exposición Intercontinental de maquinaria agrícola…

Se oían cohetes y petardos. Los vendedores de chucherías pregonaban sus mercancías a grito pelado.

El presidente avanzó hacia un «stand» formado por una gran tienda de lona, adornada con banderas y gallardetes. Entró en su interior y saludó a los individuos que esperaban allí.

—… y ahora, el presidente —seguía el locutor desgañitándose—, entra en el «stand» de la Intercontinental Mechanics Agricultural, en donde le será enseñado el último modelo de arado automático…

—Así que éste es el arado automático del ingeniero Bryng —dijo el presidente—. ¿Dónde está ese hombre benemérito? Quiero felicitarle públicamente y estrechar su mano…

—Será para mí un honor, señor presidente —manifestó el «ingeniero» que no era otro que el doctor Robles—. Si su Excelencia tiene la bondad, podría hacerle una demostración práctica de mi nuevo arado automático.

—¡Encantado, ingeniero! Estas cosas me agradan muchísimo; no olvidemos que yo nací y me crié en una granja… y que cuando cese mi período presidencial, volveré a la paz del campo. Me conviene probar su arado automático para cuando me convierta de nuevo en un granjero.

—Entonces, si el señor presidente gusta… Aquí, por favor, siéntese.

El «arado automático» no era otra cosa que el reductor dimensional del doctor Robles. Rogers y Starlake hacía ya rato que esperaban en un lugar adecuado, reducidos a un tamaño infinitesimal.

La cosa no había resultado fácil precisamente. La avería del primer reductor era más seria de lo que parecía y habían tenido que hacer una reparación a fondo.

Ciertamente, no podían correr riesgos. Cuando sacaron del cerebro de Delia a Robles y a su reductor averiado, habían podido hacerlo con relativa facilidad, pero la reparación había sido de urgencia. Ahora iban a usarlo de nuevo y debían cerciorarse de que funcionaría correctamente, en todo momento.

Robles cerró la escotilla. Los ruidos exteriores, motivados por una banda sonora hábilmente impresionada, grabada días antes, se apagaron casi por completo.

No había tal feria agrícola ni millares de personas, ni vendedores

de globos y golosinas, ni concentración de partidarios políticos del presidente. Cualquiera que no viera, pero oyese, sufriría un engaño total,

Rogers esperaba que Wang quedase engañado.

Al cabo de unos minutos, se introdujeron en el cerebro del presidente.

Avanzaron cautelosamente, con las luces apagadas. Ninguno de los dos hombres hablaba.

Debían observar un silencio total. Wang no debía conocer su presencia hasta que fuese demasiado tarde.

Rogers había apuntado una posibilidad y el doctor Robles la había confirmado…, pero ahora faltaba demostrarla en la práctica.

Si la teoría fallaba, ellos y el presidente morirían en el acto.

Una hora después, divisaron a Wang.

Rogers extendió la mano. Starlake, ya un práctico piloto, escondió el reductor tras una densa masa de tejido meníngeo.

Saltaron fuera del reductor, quedando unidos a su campo de fuerza por los aparatos individuales, Rogers extendió la mano ligeramente, para apartar una serie de colgaduras de color grisáceo.

Cerca de ellos, una arteria latía con ritmo un tanto acelerado. Rogers confió en que Wang no se diese cuenta de aquel aumento del número de pulsaciones, debido a una acción emotiva externa.

En los días pasados y, debido a la situación internacional, el pulso del presidente debía de haberse alterado en más de una ocasión. Wang debía ya de tomarlo como cosa normal.

Rogers preparó el arma que había llevado consigo; no quería correr riesgos. Ignoraba cuál sería la reacción de Wang, pero no quería que le encontrase desprevenido.

El arma era una ballesta medieval, aunque construida recientemente para un club de aficionados al tiro con ballesta. Rogers tensó la cuerda y puso una saeta en la muesca.

Miró a Starlake y movió la cabeza afirmativamente. El médico avanzó un par de pasos y quedó al descubierto.

—¡Doctor Wang, entréguese! —intimó.

La sorpresa del oriental fue enorme. Hallábase a dos pasos del reductor, con un cable microfónico en la mano, el cual se perdía a través de las meninges, hasta el hueso temporal, según pudo apreciar el galeno.

—¿Cómo? —gritó, devorado por la furia—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Starlake —respondió el médico serenamente—. Soy neuropsiquiatra y trato de liberar al presidente de una presencia perniciosa en el interior de su cerebro. Es hora ya de que cese su situación de Robinsón cerebral, doctor Wang.

—Han hecho caso omiso de mis amenazas —dijo Wang—. ¿Cree que no voy a cumplirlas?

Se llevó una mano al pecho.

—¡Mire, doctor Starlake! ¡Ahora mismo me desconectaré del campo de fuerza del reductor y…!

—Hágalo, pero no conseguirá nada —afirmó Starlake tranquilamente—. Usted y yo… —no quiso citar a Rogers—, nos encontramos, con el presidente, dentro del campo de fuerza de otro reductor, el cual está funcionando a sólo una décima parte del tamaño normal. La energía generada por el otro reductor anula por completo la del suyo.

—¿Qué? —aulló Wang—. ¡Eso es imposible!

Starlake sonrió.

—¿No es usted capaz de imaginarse dos gravimóviles de la misma potencia, tocándose las proas y con el máximo de energía en acción, pero ambos orientados en direcciones diametralmente opuestas? Ninguno de dichos vehículos se moverá, mientras sus pilotos continúen accionando los mandos… y eso es lo que pasa ahora aquí, doctor Wang.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Wang sacó la misma pistola con la que había matado a los esbirros de Duttweiler.

—Está bien —dijo—. Doctor Starlake, voy a matarle. El presidente no puede continuar indefinidamente en el interior del reductor. Un día u otro tendrá que abandonar la Feria Agrícola…

—¿Qué Feria Agrícola? —rió Starlake—. Lo que usted ha oído no era sino una grabación en hilo magnetofónico, lo que en los estudios de radio se llaman «efectos especiales», para que lo comprenda.

La cara de Wang se contorsionó de ira. Rogers adivinó sus propósitos y soltó la cuerda de la ballesta.

Se oyó un profundo tañido. Wang soltó la pistola y se llevó la mano a la garganta, atravesada de parte a parte por la saeta.

Estuvo en pie unos instantes. Luego, tras dirigir una mirada de

profundo odio a los dos hombres, se desplomó al suelo y murió.

* * *

—Wang había conectado unos micrófonos al temporal izquierdo del presidente, junto al oído. Así podía emitir y recibir sonidos con toda perfección, aparte de los mecanismos conectados a su cerebro, por medio de las cuales influía en las decisiones presidenciales —explicó Starlake.

—Así que ahora, en la próxima entrevista, el presidente se negará a que Australia pase a formar parte de la Federación Asiática —dijo Robles.

—En efecto —contestó Rogers—. Y no sólo se negará a eso, sino que hará que Filipinas elija libremente el grupo de naciones al cual desea unirse, sin presión alguna de ninguna clase. El presidente asiático tendrá que ceder.

—¿Crees que cederá, hijo? —preguntó mamá Helen.

Rogers sonrió maliciosamente.

—Bueno, a estas horas ha recibido un mensaje ultra confidencial, anunciándole el envío de un agente que actuará al estilo del doctor Wang, si los asiáticos no ceden en sus presiones sobre Filipinas. No es cierto… pero, ¿cómo sabrá que ese agente no ha sido enviado?

—Es una jugada arriesgada, ¿no crees, Armin?

—¿No lo era la de Wang? Estuvo a punto de triunfar y se hubiera salido con la suya de no haber sido por el doctor Robles.

—El mérito es tuyo, muchacho —dijo el aludido—. A ti se te ocurrió que yo estaba dentro del cerebro de Delia, tú me sacaste, con Starlake, y…

Rogers consultó el reloj.

—Perdonen, pero se me hace tarde —dijo—. Si no nos damos prisa, Delia y yo perderemos el cohete intercontinental de las cuatro y diez.

Mamá Helen arqueó las cejas.

—¿Adónde os vais, muchachos? —preguntó.

Delia apareció en lo alto de la escalera, con un maletín en la mano.

—Estoy lista, querido —anunció.

—Yo también —contestó el joven, sonriendo. Fue hacia el rincón de la escalera y tomó su maleta—. Adiós, mamá. Hasta la vista, doctores —se despidió de los dos hombres.

Helen contemplaba a la pareja con aire estupefacto. Rogers y Delia, sonrientes, se cogieron del brazo y miraron a los presentes.

—Empiezo a sospechar que os habéis casado por el camino —dijo la buena señora.

—Justamente, mamá —contestó Rogers—. ¿Para qué esperar más? ¿No te parece, cariño?

—Sí, Armin —repuso Delia, radiante de felicidad.

—¡Y sin avisar a nadie! —resopló mamá Helen, indignadamente.

Los recién casados cruzaban ya el umbral. Con aire filosófico, Robles dijo:

—Bueno, es una manera como otra cualquiera de evitar gastos y tumultos. Créame, señora; les envidio sinceramente.

Helen Rogers suspiró.

—Espero que me den pronto lo que estoy deseando hace años —dijo.

—¿Un nieto? —preguntó Starlake.

—Sí, eso, justamente —contestó Helen.

FIN